Relatos y leyendas sajeñas

Vicente Vázquez Hernández

Colección Narrativa

Vicente Vázquez Hernández

Nace en Sax (Alicante), el 11 de octubre de 1960. Cursa el Bachillerato Superior en la Universidad Laboral de Córdoba entre 1974 y 1977. Estudia en las Universidades de Córdoba, Granada y Alicante, donde en 1982 obtiene la licencitura en Filosofía y Letras, división Geografía e Historia, sección Geografía.

Tuvo una beca de investigación del Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» de Alicante en 1987. Presentó su Memoria de Licenciatura en 1988 sobre «La segunda residencia en el área de influencia de Elda», obteniendo la calificación de sobresaliente por unanimidad. Realizó los Cursos de Doctorado en la Universidad de Alicante entre 1988 y 1990. Diplomado en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria en 1995. Académico correspondiente de la Academia Valenciana de Genealogía y Heráldica desde 1999.

Ha escrito colaboraciones en la Revista de Fiestas de Moros y Cristianos de Sax desde 1984, en revistas locales, comarcales, provinciales, nacionales (*Castillos de España* e *Historia 16*) y festeras, y en la prensa provincial, sobre temas de geografía, historia, turismo, genealogía, heráldica, castellología, etc. En 1996 publica el libro *Sax, ayer y hoy, en la plumilla de Pedro Estevan;* en el año 2000 escribió *Geografía física y humana de Sax,* en el 2001 la obra *Historia de las Casas Rurales de Sax,* y en el 2002 el libro *Alicante, ayer y hoy, en la plumilla de Pedro Estevan.*

Ha participado en Cursos, Jornadas, Symposios y Congresos sobre Geografía Agraria, Geografía de la Población, Geografía del Turismo, Geografía de la Industria y Literatura de carácter nacional, regional y proyincial. Ha escrito artículos y comunicaciones en el Boletín de la UNDEF, y en Symposios sobre la Fiesta de Moros y Cristianos y las Embajadas. Ha sido Cronista de Fiestas de la Mayordomía de San Blas entre 1987 a 1994, y desde 1995 es Asesor Histórico de esta institución festera. Desde 1994 hasta 1998 es Secretario Ejecutivo de la Junta Rectora de los Premios «Alberto Sols». Desde 1993 a 2001 es Juez de Paz sustituto de Sax. Desde 1984 trabaja en la Biblioteca Municipal de Sax.

Ha publicado los siguientes cuentos:

- «La máquina y el autómata», en *Latidos-Cuentos Cortos.* Requena, Edic. Requena, 1998, pp. 91-92.
- «El fantasma del Albelló», en *100 Relatos Geniales.* Sevilla, Jamais, 2000, pp. 241-244.
- «Historias y leyendas de Sax y su castillo», en *Así escribo mi ciudad.* Barcelona, Grafein, 2001, pp. 129-133.
- «El tejedor de esparto», en *ReCuento.* Toledo, Publicaciones Tucumán, 2002, p. 116.
- «Una reunión de amigos», en *Antología de Cuentos Inéditos.* Sevilla, Jamais, 2003, pp. 404-408.

Relatos y leyendas sajeñas

© Vicente Vázquez Hernández, 2003
© de esta edición: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2003

Impresión:
GRÁFICAS DÍAZ, S.L.
San Vicente/Alicante

I.S.B.N.: 84-7784-410-0
Depósito Legal: A.678-2003

Relatos y leyendas sajeñas

Vicente Vázquez Hernández

50 AÑOS 1953-2003

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE
ALICANTE - 2003

A mis padres

ÍNDICE

El tejedor de esparto 11

La calavera 19

El fantasma del Albelló 31

Recuerdos de un pino centenario 43

El chimpancé y el tren 55

Asesinato en la «Casica Vieja» 65

Dos husares emparedados (o una historia de la Guerra de la Independencia) 79

Historia de Li-Chuan 95

La cueva del tío Gregorio 113

El escudo de la Inquisición 125

EL TEJEDOR DE ESPARTO

EL HOMBRE TEJÍA EL ESPARTO, duro y correoso, entre sus afilados dedos. Las manos, nervudas y sarmentosas, se movían ágilmente, imprimiendo un movimiento característico a la serpiente de soga que se amontonaba entre sus abiertas piernas, retorcida, verdosa y áspera.

Esa pasión que, no os equivoquéis, atenienses, tAl hombre le daba el sol en la cara, por lo que se inclinaba hacia adelante, en un vano intento de huir de la fuerza hiriente de la luz en sus ya gastados ojos. Para su trabajo, lo importante era el tacto, las manos y los dedos, no la vista. Su ritmo era constante, sostenido y continuo. Sólo se rompía en los momentos que agitaba un manojo de esparto y acercaba otro a su lado. En seguida volvía a su febril tarea de entrelazar los espartos. El trabajo era sencillo, pero se debía realizar rápidamente. Con su mano derecha tomaba las hojas filiformes, mientras la izquierda sujetaba el cabo de la soga. Instantes después los dedos tejían penosamente, formando la

cuerda. Conforme se iban consumiendo los espartos, los iba sustituyendo por otros del montón. Y así crecían los metros de cuerda verde, 10, 20, 30, hasta que el calor acumulado en el resés y la necesidad de desentumecer los dedos obligaban al hombre, al anciano, a levantarse y beber del botijo agua fresca, pues el cantarero estaba fuera de la cueva y el relente de la noche la enfriaba.

Sí, vivía en una cueva que él mismo había excavado años atrás en las blandas arcillas de un talud que miraba al mediodía. En la soledad de aquellos montes, y en los primeros momentos, fue lo único que pudo construir. Después las cosas vinieron mal y resultó imposible realizar sus soñados proyectos de levantar una casita, por más sencilla que la hubiese querido.

Vivir en una cueva tenía la ventaja de sentirse fresco en verano y caliente en invierno, pues las gruesas capas de arcilla impermeabilizaban al interior de las extremas temperaturas que se registraban fuera, en la misma puerta de la cueva. Para aislarse más todavía, de noche tapaba con unos fardos la estrecha cavidad que servía de entrada.

Eran ya muchos los años que vivían allí, por lo que consideraba la cueva como su auténtico hogar. Su mujer había salido de mañana, muy temprano, para llegar antes del mediodía al lejano pueblo, a tres leguas de las montañas. Llevaba con ella una docena de madejas de soga, fruto del esfuerzo de los tres últimos días. Ahora se trataba de venderlas

de casa en casa, paseando por las calles con su carga, mientras voceaba:

–¡A dos reales la madeja! ¡Soga de esparto para atar!

La mañana transcurrió ligera para la mujer en su constante afán callejero. Los años no le habían restado agilidad a esta mujer delgada, fuerte, de genio vivo y mirada dura. Sus muchos años vividos en el campo la hacían sentirse extraña cuando bajaba al pueblo. No eran para ella las prisas de una incipiente vida moderna en torno a unos talleres y pequeñas fábricas que surtían de trabajo a los cada vez más desempleados que provenían del campo.

Una vez reunidas, con esfuerzos verbales en ocasiones, las escasas seis pesetas de la venta de las madejas, la mujer se dirigió a comprar unas mercancías necesarias para la dura vida en el monte. En la tienda podía adquirir de casi todo. Necesitaba algunos retales para remendar sus ropas y las de su marido. También pequeños objetos como botones, hilos y un dedal. La comida era el verdadero problema. Procuraban comprar lo menos posible y producirse ellos mismo lo más indispensable. A pesar de todo, no podían prescindir de algunos kilos de harina, dos litros de aceite, un poco de arroz y una pizca de azafrán. También quería proporcionarse un pequeño lujo: una pastilla de chocolate. Ellos lo racionaban y hacían durar. Cada onza de chocolate la alargaban todo lo posible. No podían permitirse este pequeño lujo, pero estaba dispuesta a empeñarse en la tienda si querían fiarle.

Vivían en la soledad del campo, subsistiendo con lo mínimo e imprescindible, fabricándose sus toscos muebles, cultivando un raquítico huerto que los proveía de tomates, patatas, habas en primavera, con alguna cepa de moscatel para el otoño, criando unas escogidas gallinas, dos cabras que les daban algo de leche y un cerdo casi silvestre.

En estas circunstancias, el comer una onza de chocolate, gustando su sabor, los ponía en comunicación con un mundo lejano, no por ello menos real en su imaginación. En las largas noches de invierno y en los crepúsculos estivales era la distracción de los ancianos comerse una onza de chocolate entre los dos como postre a la parca cena. Apenas hablaban, lo imprescindible nada más. ¿Para qué hablar? Se entendían muy bien y muchas veces coincidían en sus pensamientos, recorriendo idénticos caminos mentales.

Las noches se alargaban cada vez más. Con los años dormían menos, y tendidos sobre el jergón, relleno de hojas secas de panizo, oían los ruidos de la noche. En verano era el agudo sonido de los grillos y el siseo de los mosquitos, atraidos por el débil resplandor de una vela, que ya apagada, aún dejaba sentir en el aire un debilitado olor acre. En invierno era el rumor de los árboles del monte movidos por el viento, que se confundía con el rumor producido por el removerse de los cuerpos acostados sobre el jergón de hojas secas.

En estas largas horas del lento transcurrir de la noche, en las vigilias del forzado insomnio de la

vejez, la pareja recordaba cuando cuarenta años atrás habían llegado a estas sierras, acompañados de sus hijos de corta edad. Ahora ya eran viejos y sus hijos se habían ido hacía mucho tiempo a vivir su propia vida en los cercanos pueblos del valle. Eran expulsados proletarios de un campo que negaba su beneficio a quienes intentaban doblegarlo, exigiéndole cosechas que no tuviese previsto dar por propia cuenta.

Por aquellos lejanos años, los montes habían sido liberados por el Estado como pago de las cargas deudoras de sus antiguos dueños. Se inició la colonización de estos virginales parajes, pues a quien sobreviviera cinco años en las tierras, el Estado le daría el título de propiedad de los terrenos cultivados.

Los comienzos fueron duros. Hubo que talar muchos árboles, desbrozar las zonas de mejor suelo, donde las piedras y las rocas eran más escasas, cavar a golpe de azada para desfondar las tierras, pues ni siquiera tenían una mula que les ayudase. Con los montones de piedra, sacadas de las labores de la tierra, había que construir los ribazos, aterrazando la superficie en largos y estrechos bancales, situados en la ladera de umbría, donde eran mejores las condiciones de cultivo. Varios bancales fueron destinados a viña, en otros plantó frutales: manzanos, perales, cerezos, algunos almendros. La mayor parte de la tierra fue dedicada a siembra.

A pesar de los enormes esfuerzos, los resultados fueron prometedores. Las primeras cosechas iban

saliendo, y empezaban a criarse animales domésticos: gallinas, cabras, cerdos. La familia ya veía el porvenir risueño.

La guerra acabó con todas las ilusiones. Fueron años desastrosos para ellos, anuladores de su esfuerzo y desmembradores de la familia. Y después de la guerra resultó imposible seguir con la heroica tarea colonizadora. Trabajó a jornal cuando pudo y donde pudo.

Pasaron los años, y la vejez le impedía trabajar a pleno rendimiento. Se refugió en su cueva y se dedicó a tejer el esparto. De sus manos salían madejas de soga, lo más frecuente, pero también aguaderas para las caballerías, capazos de esparto para vendimiar, serones para las almazaras, baleos para coger olivas. Junto a estas grandes obras, pequeños efectos como esterillas donde limpiarse los pies en las entradas de las casas o recipientes cónicos donde guardar sin que se asfixien los caracoles recogidos los días de lluvia. Estos objetos todavía pueden verse colgados sobre estacas en desconchadas paredes de viejas casas de campo de Sax.

LA CALAVERA

TENÍA OCHO AÑOS CUANDO oí hablar por primera vez de la calavera. Era verano y estaba pasando las vacaciones con mi familia en la casa de labor de mis abuelos. Recuerdo bien que hacía mucho calor, pero yo entonces no lo padecía, sino que lo disfrutaba. Mi hermano Manolo, dos años menor, y yo pasábamos todo el día en el campo. Jugábamos por toda la finca, con los perros, con el ganado. Era todo un mundo por explorar a nuestro alcance.

Aquel día de julio era uno más para todos nosotros, hasta que a media mañana llegaron mi padre y el abuelo, excitados y sudorosos, con un acento de preocupación en su voz. Las mujeres salieron de la cocina extrañadas de ver a sus maridos a esa hora en la casa, cuando tenían mucho trabajo en el bancal conocido como "la pieza de Constantino", pues un tractor de gran potencia la estaba desfondando para dejarla un año en barbecho y plantar viña al otoño siguiente.

Mi hermano y yo estábamos buscando nidos

vacíos por los ribazos de la loma en cuya ladera se alzaba la masía, pero acudimos corriendo y saltando entre los surcos hasta la puerta del patio. Al llegar, mi madre obligó a callar a los demás y nos llevó a la cocina, donde para calmar nuestras preguntas nos dio una onza de chocolate a cada uno.

Salimos de nuevo a la calle a tiempo de observar cómo mi padre ataba en el sillín del portaequipajes de su reluciente Gimson (hacía poco tiempo que había comprado la moto y aún estaba como nueva) un viejo capazo de pleita cubierto por un saco deshilachado. En ese momento el abuelo le decía a mi padre:

–Da parte a la Guardia Civil y lleva la calavera al cementerio, que el enterrador se encargará de dejarla en el osario.

* * *

Habían transcurrido ocho años y todos los veranos, al llegar el mes de julio, volvía a recordar la historia del hallazgo de la calavera. Mis padres me la habían contado muchas veces. Sobre todo mi padre, pues el abuelo había fallecido cinco años atrás. Ellos iban caminando detrás del potente tractor que desfondaba el bancal que pensaban plantar de viña. Su misión era apartar las raíces de una antigua plantación de vides, para posteriormente llevárselas a la casa para que sirvieran de leña en el invierno.

Una de las veces que la reja de la gran vertedera se introdujo más profundamente en las blandas arenas, a casi un metro de profundidad, enganchó con la punta un objeto blanquinoso, eso le pareció

a mi padre, quien marchaba junto al tractor, y creyó ver algo raro durante un instante. En un primer momento pensó que era una piedra viva, de las que aparecían de vez en cuando, pero cierta redondez excesivamente perfecta despertó sus sospechas. Mandó que se detuviese el tractor con un grito y se abalanzó detrás de la vertedera, escarbando con las manos para desenterrar el objeto que él creía una piedra. Cuando sacó la calavera a la luz, un escalofrío recorrió su cuerpo y tentado estuvo de enterrarla de nuevo, pero ya el tractorista y el abuelo se aproximaban con interés para observar mejor lo que tenía entre las manos.

Los tres hombres pudieron comprobar que se trataba de un cráneo humano, bastante bien conservado, con toda la dentadura completa y en buen estado, por lo que dedujeron que se trataba de una persona joven.

Dieron parte a la Guardia Civil y la llevaron al cementerio. Esta historia se la habían relatado muchas veces, y siempre repetía la misma pregunta:

–¿Apareció el resto del esqueleto?

Y la respuesta era invariable:

–Por más que buscamos, con la ayuda del tractor, no encontramos ningún hueso más. Pero estoy seguro que se trataba de la calavera de una persona joven, tal vez un hombre a quien asaltaron y mataron en el cercano "Camino de los Valencianos".

* * *

Primavera de 1982.

Estudiaba Historia Antigua en la Universidad cuando en una de las clases sobre la romanización de España, al analizar sus vías de comunicación, las famosas "vías romanas", una asociación de ideas entre el ramal de la Vía Augusta que se dirigía a Cartagena por el Valle del Vinalopó y el actual "Camino de los Valencianos" (en el término municipal de Sax), me obligó a identificarlos como la misma ruta, con más de dos mil años de antigüedad.

Este camino se adapta a los restos de la posible centuriación romana y constituye, a lo largo de muchos siglos, uno de los ejes mejor conservados y con un uso más intenso a lo largo de la historia, utilización que sigue vigente en la actualidad y que ha llevado a asfaltarlo en algunos tramos. Precisamente su denominación alude al uso que de él hacían los habitantes del Reino de Valencia al atravesar las tierras castellanas de Sax, nexo de unión entre la mitad septentrional y la meridional de la provincia de Alicante (Sax se incorporó a la provincia en 1836). El camino sale del término municipal de Sax y entra en el de Petrer por el paraje denominado "El Portazgo", topónimo que hace referencia a la antigua frontera. Por su disposición e importancia, este camino reúne las condiciones idóneas para tratarse de la Vía Augusta entre Sax y Elda.

Muy cerca del Camino de los Valencianos, apenas a 300 metros, se encuentra el bancal de Constantino, donde se halló la calavera. Una y otra vez cruzaba por mi mente la imagen de la calavera no

vista, pero intuida y muchas veces soñada, con las grandes cuencas de sus ojos vacíos que parecen mirarme desde una profundidad infinita, con una luz de interrogación en los huecos negros, como pidiendo ayuda.

* * *

Agosto de 1986.

Realizaba un trabajo de investigación sobre la evolución de la mortalidad en el siglo XIX y sus distintas características por edades y sexos, para presentar en las I Jornadas de Demografía Histórica de la Comunidad Valenciana. Era un trabajo laborioso, leyendo una a una todas las actas de defunción, pero la costumbre lo convertía en una tarea casi mecánica. Se trataba de apuntar la edad, el sexo, la procedencia, el estado civil y, sobre todo, la causa de la muerte.

De momento, un escalofrío recorrió mi cuerpo, pues acababa de leer unas líneas que seguían resonando en el cerebro:

> "Como Cura Ecónomo de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de la Villa de Sax, en nueve de abril de mil ochocientos setenta y dos, mandé dar sepultura en el cementerio de esta villa con autorización judicial al cadáver de Alonso Catalán Benito, que se encontró muerto sin cabeza en el día anterior en el partido del Rincón del Moro de esta población. Sus señas son las siguientes, mediana estatura, recio de cuerpo, moreno de cara, bastante picado de viruelas, muy cerrado de barba, pelo castaño obscuro, ojos claros, manos tostadas y ásperas de labrador. Viste casaca azul de barragán ya usada, chupa y calzón negro, redecilla negra,

sombrero de picos, capa obscura de paño a medio usar, medias de algodón y zapatos. Era esposo de Mariana Ganga, de esta villa. No recibió los Santos Sacramentos ni luto. Su edad, treinta y tres años. Fueron testigos D. Pedro Bernabé y Tomás Giménez. Y lo firmé. Licenciado Fausto de Pina".

* * *

Verano de 1990.

Continuaba con mis investigaciones sobre la historia local de Sax, con la idea de escribir en el futuro un libro sobre la evolución de la villa en los siglos XIX y XX. Repasaba las comunicaciones del Ayuntamiento del año 1872, cuando entre los muchos epígrafes dedicados al orden público, uno de ellos me sobresaltó de nuevo. En él aparecía una referencia muy explícita al "Camino de los Valencianos":

"Señor Gobernador Civil de Alicante:

Según confidencias y demás noticias recibidas de la guarda rural, se nota que en este término y en la parte del monte de Peñarrubia, existen tres personas sospechosas, que se me ha asegurado son criminales procedentes de Orán, venidos en compañía de dos que capturé el 26 de diciembre último, según parte que di a VS. La vigilancia que tengo establecida no ha sido suficiente hasta hoy para poder capturar dichos tres sujetos, a causa de no poder disponer de más fuerza que de cuatro guardas rurales, habiéndome asegurado por confidencias que dichos tres sujetos son un tal Rabosa y un tal Tofol, naturales de Biar o Benejama, y otro desconocido, llevando los tres mantas morellanas a cuadros y uno de ellos blusa azul con toda la barba larga, notándose que les han sacado

dos mujeres la comida de Biar a un cañar que existe cerca del barranco inmediato al punto llamado las Peñas Blancas, próximo al puerto de Biar del camino de herradura, diferente al puerto de Biar del camino carretera, resultando también haber llamado dos noches en la casa de campo Bochinche, donde robaron en dicho mes de diciembre, asegurándome que al oscurecer del día de ayer se dirigían dichos tres sujetos cruzando viñas al monte Peñarrubia, donde han habitado en las cuevas llamadas de la "Tía Figuera" y de la "Huesa". Lo que participo a V.S. a fin de que se sirva disponer cuanto crea conveniente, sin embargo de opinar que daría grande resultado que los destacamentos de la Guardia Civil de Biar, Villena y Petrel, reconocieran a la vez y en combinación dichos terrenos incluso las casas de campo de la Argueña y Fuente del Lobo, en cuyo último punto también han estado dichos sujetos".

En otro legajo apareció la siguiente comunicación de la Alcaldía Constitucional de Castalla, con pocos días de diferencia con la anterior:

"En la causa criminal que por orden del Sr. Jefe Superior de esta provincia estoy substanciando en averiguación de los autores del robo hecho a Pascual Pérez, vecino de Cieza, en la Barranco llamado de la Legua, que es el confín de este término con el de Biar y Sax, y a eso de las siete de la mañana del día 5 del corriente, he proveído Auto en el día de hoy en el que entre otras cosas se manda Oficiar a V. para que procure averiguar los autores de dicho robo, examinando a los habitantes de las casas de campo de su término más inmediato al significado punto.

De uno de los dos ladrones no tengo ninguna seña, y las que tengo del otro son las siguientes. Edad, como de 35 ó 40 años, mediano de estatura, tal cual parecido, pelo castaño claro, vestido con calomillos y embozado con una manta de Getafe.

Los efectos que se robaron al Pérez consistían en 5 varas de paño negro, 9 palmos de paño dragón verde obscuro, otros 5 palmos castaño, una carta del Sr. Juez de Alcoy para su Amo que lo es D. Tomás Capdevila, una letra de 2.000 pesetas contra Murcia, la bolsa de fumar y el pasaporte.

Espero de usted se sirva practicar las conducentes diligencias en averiguación de los dos citados ladrones, y cobrando los efectos robados, remitiendo a mi poder, unos y otros, si pudieren ser habidos, examinando a los habitantes de las casas de campo más próximas al punto de la ocurrencia, remitiendo también a mi poder las diligencias que practique por ante Escribano público que se fe para unirlas a las causas de su referencia, pues en hacerlo así obrará con arreglo a Justicia, quedando yo obligado a hacer otro tanto por V. ello mediante Dios".

Espoleado por la curiosidad, seguí leyendo ávidamente las amarillentas hojas del legajo sobre infracciones del orden público.

Casi al final del legajo apareció el testimonio de un guardia rural sobre el hallazgo de un cadáver:

"Por el que suscribe, cabo de los guardas rurales de este Ayuntamiento, en el día de la fecha, a las doce y media de la mañana, fue hallado un cadáver sin cabeza, en el cruce entre el Camino de los Valencianos y el de Castalla. Examinada su

documentación, resultó ser Alonso Catalán Benito. Inspeccionado con atención el terreno de los alrededores, no se encontró la cabeza del fallecido, que parece haber sufrido un asalto para robarle, siendo asesinado a continuación, tal vez por reconocer a su agresor. Se ha dado parte a las autoridades competentes.

Lo que denuncia a su Autoridad de V. a los efectos que se procedan en justicia.

Sax, 8 de abril de 1872".

* * *

Meses después, revisando unos documentos en el archivo del Juzgado de Paz, encontré el siguiente certificado:

"CERTIFICACIÓN DEL FACULTATIVO

Patente 5. Clase 3.

D. RAFAEL GANDULLA CODERCH

Licenciado en Medicina y Cirugía, Médico de la Sociedad «La Confianza» de Sax.

CERTIFICO: Que examinado el cadáver de Alonso Catalán Benito, hijo de José y Carmen, que falleció a las... de la mañana del día ocho de abril de mil ochocientos setenta y dos en el campo de esta villa. Habiéndose manifestado respecto de su filiación las siguientes noticias: que era natural de Sax, de treinta y tres años de edad, de profesión jornalero, de estado casado, que falleció a causa de muerte violenta.

Y a fin de que pueda hacerse el asiento correspondiente en el Registro Civil y en cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 77 de la ley, expido la presente, que firmo en Sax a nueve de abril de mil ochocientos setenta y dos".

EL FANTASMA DEL ALBELLÓ

AQUELLA TARDE DE VERANO, como de costumbre, mientras los niños merendaban a la sombra de las centenarias acacias, la abuela Mariana, con noventa y tres años bien cumplidos, volvía a contar otra vez la historia del fantasma del Albelló. No se trataba de uno más de los muchos cuentos que conocía, pues ella había escuchado la historia de labios de sus padres, el tío Pepet y la tía Pepeta, en las largas noches invernales, junto al fuego de la cocina de la gran masía, durante la primera década del siglo XX, y en las postrimerías de la centuria la relataba, no ya a sus nietos, a quienes lo había hecho en los años sesenta, sino a sus bisnietos.

Su padre había escuchado la historia de labios de su abuelo, que había sido uno de los protagonistas de los acontecimientos. Eran los años cuarenta del siglo XIX, cuando el romanticismo iba dejando paso a nuevas generaciones más realistas, o más positivistas, como se diría después, pero el retatarabuelo no sabía nada de estas corrientes literarias.

Lo que él conocía era que para comer mañana tenía que trabajar hoy, y que había bajado de la sierra al valle como mediero en una finca, el "Albelló", en la que en los últimos tiempos ninguno aguantaba un año seguido, pues según los rumores, la casa estaba encantada y había un fantasma.

El tío Pedro, como era conocido por todo el contorno, no hizo caso de las habladurías, se echó para adelante, abandonó, junto con toda la familia, la mísera barraca de la sierra, y se quedó de mediero en el Albelló, tal vez pensando que sería más llevadero el posible fantasma que el hambre segura.

El nombre de la finca, "Albelló", era valenciano, pues las tierras estaban situadas en el mismo linde con el vecino término municipal de Petrer, que era de habla valenciana, y el topónimo hacía referencia al gran barranco que cruzaba las tierras y que servía para desaguar las abruptas barrancadas de las sierras aledañas.

Se trataba de una gran finca de secano, sobre las faldas del monte, donde gozaba de pastos y pinares, cuyos extensos glacis estaban plantados de vides y olivos, y en las cañadas se sembraba trigo y cebada.

La casa tenía dos plantas, además de los corrales, cuadras y cobertizos adosados al macizo cuerpo central. En la planta baja estaba la gran cocina, con una ancha campana, cuyo hogar era el centro de reunión de toda la familia. En el piso alto, unas habitaciones estaban reservadas para los amos, pues durante el verano acostumbraban a pasar unos días en el campo. El resto eran cambras, donde almace-

naban las cosechas: grano, almendras, aceite, panizo, fruta, etc.; y el pajar, que se comunicaba con la cuadra, situada justo debajo, por la pajera.

El tío Pedro en esta época ya estaba casado con la tía María, y tenían tres hijos mozos, dos chicos, Juan y Pedro, y una chica, Lola, que ya empezaban a ayudar a sus padres en las tareas del campo y de la casa.

Cuando a finales de marzo llegó la primera noche que pasaban como medieros en el Albelló, después de cenar, toda la familia se reunió junto a la chimenea, donde ardía un alegre fuego, que trataba de animar los serios semblantes, cuyas sombras se reflejaban agigantadas en las paredes. Después de fumar con calma el último cigarro que había liado de su propia petaca, el padre se dirigió a la cuadra para dar el pienso a las caballerías, un hermoso macho y dos mulas.

A continuación se acostaron en las dos alcobas que había en la planta baja, entre la cocina y la escalera que conducía al piso superior. Todos pasaron la noche en blanco, bien despiertos, atentos a cualquier ruido extraño, con una mezcla de miedo y excitación, y no se vieron defraudados. Serían las cuatro de la madrugada, cuando el tío Pedro, que se removía inquieto en el lecho, atento a la hora en que tenía que levantarse a darles el primer pienso a las caballerías, oyó en el silencio de la noche el runrún de pasos y de telas que se arrastraban en el piso de arriba. Toda la familia oyó estos extraños sonidos, más alarmantes por provenir de unas habitaciones que sabían deshabitadas.

Estos insólitos crujidos, entre pasos cadenciosos y ropas barriendo el suelo, duraron un par de horas, pues cuando asomaron las primeras luces del amanecer, cesaron por completo. Todos se levantaron con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y con el rostro demudado por el miedo. Pero decididos como estaban a aguantar en la casa, no dijeron nada y cada uno se dirigió a sus faenas.

Dos meses después de vivir en su nueva casa, la tía María, mientras limpiaba a fondo los polvorientos desvanes y cambras, encontró un legajo con amarillentos papeles, escritos con una desvaída tinta negra, que supuso pertenecían al anterior propietario de las tierras, pues en uno de ellos, escrito con buena letra de escribano, leyó con dificultad los siguientes párrafos:

> "Cuentas de Propios de 1792.
>
> Cuenta formal y relación jurada que yo, Diego Bordera doi a los señores Justicias y Diputados de la Junta de Propios de esta villa de Sax, como Depositario Mayordomo que he sido en virtud de legítimo nombramiento, así de los caudales que han producido los referidos efectos por lo correspondiente al año próximo pasado de mil setecientos noventa y dos y han entrado en mi poder, como de las cantidades que he satisfecho de ellos en virtud de formales libramientos contra mí, despachados por la citada Junta, y todo con distinción es en la manera siguientes:"

Tras varias páginas de apretada letra, el memorial finalizaba con el siguiente párrafo:

"... como consta en arcas de quatro llaves, dándome el resguardo correspondiente, y Juro a Dios nuestro Señor y a una señal de + cruz, que dicha cuenta la he formado sin omitir nada en los valores de los caudales públicos ni he datado partida que no sea legítima y verdaderamente pagada, la qual me obligo a restituir caso de probarse lo contrario con el quatro tanto, salvo qualesquiera error de Suma o Pluma, y por ser así lo firmo en esta villa de Sax, a treinta días del mes de Enero, año mil setecientos noventa y dos=

Diego Bordera".

Aquella noche, después de cenar, la tía María mostró los documentos a toda la familia, explicándoles lo que había leído. El padre propuso que en la próxima visita del amo, que era un hijo del anterior propietario, le entregarían los papeles, por si eran de interés para él y su familia.

Sin embargo, a mediados de julio, en plena siega, fue un nieto quien visitó la finca, un joven estudiante que pasaba las vacaciones en el pueblo, y después de leer los documentos, les contó que su abuelo había ocupado diversos cargos públicos en la villa, como regidor, síndico personero y mayordomo de propios, y que también había pertenecido a la V.O.T.

Ante la cara de asombro y de no entender de qué les hablaba, el estudiante les explicó que la Venerable Orden Tercera (V.O.T.) era una forma y estado de vida que se deriva de la religiosa (primer orden), aprobada por la Iglesia para los cristianos

de todas las condiciones y estados que deseen vivir en el mundo conforme al espíritu y normas del Evangelio.

Consta la regla de la orden de 12 capítulos: admite en su seno a todas las personas; exige cuatro condiciones para el ingreso: ser católico, restituir los bienes mal adquiridos, reconciliarse con los enemigos y querer guardar los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; las mujeres casadas han de tener el consentimiento de sus maridos. Impone la sencillez y modestia en los vestidos; no pueden asistir a convites, fiestas ni espectáculos mundanos y bulliciosos; no deben llevar consigo armas; prescribe ciertas penitencias y la frecuencia de los sacramentos; en el plazo de tres meses han de hacer testamento; deben apaciguar todas las discordias; no deben hacer juramentos solemnes, salvo en los casos de necesidad; deben ejercer en el seno de las respectivas familias la enseñanza de la religión, dar buen ejemplo y reformar en todo las costumbres.

En el hábito, la regla es sumamente concisa, pues visten una túnica con capilla y cordón de paños viles. Presupone la descalcez, aunque los que por necesidad son constreñidos, pueden usar calzado.

Después de esta exhaustiva explicación, el tío Pedro y su familia no se atrevieron a contar al joven estudiante que por las noches no podían dormir con tranquilidad, pues se despertaban sobresaltados por el sonido de unos pasos sobre las habitaciones del amo, acompañados del frufrú de lienzos arrastrados sobre el piso. Pensaban que el nieto, un estudiante

de la capital, se reiría de ellos, porque creían en fantasmas y duendes.

Pasaba el tiempo, y cada día estaban más atemorizados.

–Así no podemos seguir –dijo una noche el padre, dando un fuerte manotazo sobre la pequeña mesa de la cocina.

–Esto no es vida –ratificó la madre.

–¿Qué podemos hacer? –quiso saber un hijo.

–¿Por qué no subimos una noche? –preguntó la hija–. ¿Y si fueran pisadas de ratas los que nos tiene tan asustados?

–¡Ratas! –dijo el padre–. Todas las madrugadas, cuando me levanto a dar el primer pienso a las mulas, dejo de oír las pisadas, pero noto muy cerca de mí el sonido de una fuerte respiración, como la un hombre mayor, y las ratas no respiran como las personas.

Por fin, una noche de finales de septiembre, en vísperas de la vendimia, el tío Pedro se cargó de ánimo y decidió enfrentarse él solo al fantasma, aparición o lo que fuese aquello que por las noches no les dejaba dormir, metiéndoles el miedo en el cuerpo, y que había hecho que otras familias con anterioridad hubiesen adoptado la decisión de abandonar la finca, a pesar de las buenas cosechas que se podían obtener de ella.

–Antes de abandonar la casa –razonaba el padre–, tengo que subir una noche a las habitaciones del amo y enfrentarme con lo que sea, vivo o muerto, duende o fantasma.

Esa noche, el tío Pedro se quedó más tiempo despierto con la excusa de que la mula tenía una herida en la pezuña que necesitaba cuidados, diciéndole a su mujer que dormiría un rato sobre el duro y angosto banco de piedra de la cuadra.

De madrugada, recostado sobre la áspera y raída manta de la mula, el tío Pedro tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Se encontraba en un estado de duermevela, híbrido de insomnio y de miedo, esperando oir las ya conocidas pisadas y rebullir de paños en el piso superior.

Cuando el silencio de la casa se vio interrumpido por el apagado sonido de los pasos, el tío Pedro se levantó con rapidez, y cogió con la mano derecha una afilada hoz que estaba colgada de un clavo junto a la puerta de la cuadra. En la mano izquierda llevaba un candil, cuya débil llama avivó soplando sobre la mecha, antes de disponerse a subir las escaleras.

Con el corazón en la boca del miedo que tenía, el tío Pedro subió despacio y con paso firme la escalera. Ya en la sala, se detuvo un instante, tratando de adivinar la situación de las pisadas por el sonido que producían. Algo difícil de realizar, medio sofocado como estaba por el humo del candil y el acaloramiento y excitación del momento.

Cuando supo que los pasos sonaban quedos, pero audibles, en el dormitorio del amo, se dirigió hacia dicha estancia, con el pulso acelerado y las sienes ardiendo, sorteando las largas ristras de mazorcas de maíz y melones de olor colgadas del techo.

Abrió con precaución la puerta y, antes de poder vislumbrar el interior, una gélida corriente de aire apagó el candil, llenando la habitación de un acre olor, que se mezclaba con una sensación de frío en la atmósfera de un cuarto que también olía a cerrado.

Sobre todas estas sensaciones estaba otra más intensa: la presencia de alguien o algo en aquella habitación que debía estar vacía. Con la boca seca y el corazón anhelante, el tío Pedro apenas pudo pronunciar unas palabras:

–¿Eres vivo o muerto?

–Soy el ánima en pena del antiguo amo de la casa. Me llamo Diego Bordera y no puedo ir al cielo porque fui ladrón cuando era mayordomo de los propios de la villa; tampoco puedo entrar en el infierno, porque me amortajaron con el hábito de la Orden Tercera, de la que fui devoto, aunque sabía que una de las premisas para entrar era devolver los bienes mal adquiridos, cosa que no llegué a hacer, aunque en varias ocasiones estuve a punto. Mi destino es el purgatorio, pero tampoco puedo ingresar allí con este hábito, por lo que estoy condenado a vagar como un alma en pena por este mundo hasta que alguien me libere.

El tío Pedro, aterrorizado como estaba oyendo esta confesión de ultratumba, tuvo la presencia de ánimo necesaria para levantar la mano derecha, en la que llevaba la afilada hoz, y dar un fuerte y rápido tajo hacia adelante, segando lo que encontró en su camino.

Inmediatamente oyó un ruido de paños desplomarse sobre el suelo. También sintió que en la habitación ya no hacía frío, y dejaba de notar la presencia del espectro. Solamente el olor a cerrado le decía que estaba en una estancia sin ventilación.

Dejó la hoz en el suelo, y con una cerilla encendió la mecha del candil. A sus pies, sobre las losetas cuadradas y rojizas del piso de la habitación, estaba un arrugado hábito marrón, cuyo cordón había cortado la hoz.

Y desde esa noche, desapareció para siempre el fantasma del Albelló, por lo que el tío Pedro y su familia pudieron vivir muchos años en paz y tranquilidad en la hermosa finca.

Y hoy, muchos años después, la abuela Mariana todavía continúa contando a sus nietos y bisnietos la historia del fantasma del Albelló, procurando entretenerles mientras dan buena cuenta de la apetitosa merienda en las densas y enervantes tardes estivales.

Cuando los niños muestran a la abuela sus manos vacías, como prueba de que se han comido sus bocadillos, les premia con el rito vespertino de subir todos con aire de misterio y una miaja de miedo a los desvanes, donde les enseña un viejo y gastado hábito marrón, colgado de un clavo sobre la pared de una de las cambras de la casa.

RECUERDOS DE UN PINO CENTENARIO

EL VIEJO PINO CENTENARIO del Chorrillo, paraje del término municipal de Sax, todavía imponente y majestuoso visto de lejos, bajo cuya sombra protectora se levantaba la gran casa de la finca del mismo nombre, aparecía enfermo y envejecido observado de cerca. El gigantesco árbol sentía palpitar en los innumerables anillos de la dura y correosa madera del tronco toda la historia y vivencias que había contemplado y transcurrido a su alrededor en sus casi dos siglos de historia.

Todavía almacenaba en los recovecos de su memoria vegetal el recuerdo de cuando fue plantado, siendo un pimpollo de dos veranos, por el propietario de la hacienda en los primeros años del siglo XIX, el presbítero don Luis Bartolomé Rico, quien lo plantó como homenaje a la visita del Doctor D. Diego Flores Abellán en octubre de 1816, que venía a inspeccionar las pertenencias de la ermita de la casa en nombre del Obispo, a la que encontró en mal estado, y decidió prohibir el uso público

y privado hasta que se hallase todo en las debidas condiciones, pues la situación del oratorio en aquel momento era la siguiente: una ventana con sólo la reja sin tenerla de madera para poderse cerrar, las paredes y el techo de la ermita descortezado y sin enlucir y la puerta rota e indecente. Visto el mal estado general de la ermita y que sobre ella se había construido una habitación, en contra del derecho, se recogieron los ornamentos, ara y demás enseres, decidiendo no habilitarla hasta que todo estuviese con la debida decencia y surtida de campana, de la que carecía.

El anciano pino suspiró y por la añosa corteza se trasladó una pizca de emoción al recordar la ermita, aneja a la edificación, y de la que en la actualidad sólo quedan restos aislados, como la pequeña torre que sobresale del tejado, y algunos arcos y molduras en el interior de la casa.

En la finca se levanta una antigua casa de campo, de la que hay noticias desde la segunda mitad del siglo XVIII, muy alterada en la actualidad, aunque se puede reconocer su estructura de un cuerpo rectangular, con dos plantas y cubierta a cuatro aguas, con un pequeño cimborrio. Los muros son de mampostería, con ladrillo en las esquinas. Las ventanas, pequeñas y organizadas parcialmente, están modificadas por reformas posteriores, aunque las cuatro fachadas están tratadas por igual, con huecos pequeños y desordenados.

Con el transcurso de los años, la casa cambió de

dueño, y a mediados del siglo XIX su propietario era D. José Estevan Gil, uno de los mayores hacendados de la comarca. Fue en esta época cuando se construyó el ferrocarril. En esa década, cuando el árbol estaba en plena juventud a sus cuarenta años, se inauguró la línea férrea Madrid-Alicante en la primavera de 1858, y fue saludado desde la locomotora en el viaje de pruebas, realizado el 4 de enero de 1858, por Salamanca y Castelar, quienes ya habían visitado el Chorrillo y disfrutado de la acogedora sombra en sus años mozos.

El entonces esbelto y poderoso pino pudo escuchar el relato de la inauguración del ferrocarril en la cercana villa, el 25 de mayo de 1858, de los propios labios del escribano que redactó el acta, que leyó el borrador ante un grupo de amigos tras un suculento, sabroso y abundante almuerzo bajo su fresca y rumorosa sombra. Así consignó el escribano de la villa la visita de los Reyes para inaugurar el ferrocarril Madrid-Alicante:

> "Al amanecer del día 25 de mayo de 1858, una descarga de cincuenta morteretes entre las dos torres del castillo, la enarbolación de una bandera española en la torre mayor del castillo y otras en cada almena angular de la menor, las tres de colosal dimensión y hechas por la villa, anunciaron a la misma el principio de un día que siempre recordará con agradable satisfacción.
>
> A las dos de la tarde de dicho día, una banda de música de veinte individuos hacía sonar e interpretaba las piezas escogidas en la puerta de las Casas Consistoriales, donde en seguida se reu-

nió el Ayuntamiento y demás autoridades civiles y eclesiásticas con todas las personas de consideración de la villa que fueron convidadas con la debida anticipación por el Concejo. Presidida la corporación, autoridades y demás convidados por el alcalde Don Gaspar Marco y Marco, y continuando la música en sus variadas ejecuciones, se dirigieron, serían las dos y cuarto, a la estación de la villa, acompañados además por ocho jóvenes de quince a veinte años con traje de labradoras, las que en ocho magníficas bandejas de plata llevaban dos espléndidos ramilletes de dulce figurando dos coronas reales; otras dos, helados de todas clases en limpios vasos de cristal; dos, dos coronas de flores; al tiempo que son conductoras las dos restantes de varios ramos de flores de igual clase, todo para ofrecer a SS.MM.

Llegada la comitiva a la estación, que de antemano se encontraba adornada con multitud de banderas y colchas de damasco, se halló ya invadido todo el recinto con multitud de gentes de la población y pueblos inmediatos y otros varios, en vano fue emplear algunos medios para dejar sitio a la comisión de autoridades, clero, jueces de paz y otras casi cuarenta personas; el pueblo quería ver bien a sus monarcas y todo lo arriesgaba por tan laudable propósito.

Confundida así la multitud, esperó el instante deseado. Serían las cuatro de la tarde cuando las repetidas descargas de morteretes y el nutrido fuego de arcabuz del castillo anunció al pueblo que se divisaba el tren regio, que en breves momentos debía aparecer en la estación; las campanas de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción y las Ermitas de San Blas y San Sebastián tam-

bién secundaron este aviso y signo de regocijo. A los pocos minutos la regia compañía se dejaba ver en la estación en medio del inmenso y entusiasmado pueblo que sin cesar vitoreaba a sus Reyes y Príncipes, SS.MM.RR. D.ª Isabel II de Borbón y su esposo D. Francisco, mientras suena la marcha real, que con la mayor confianza en los hijos del pueblo y con gran satisfacción de los mismos, se dignaron aceptar todos los obsequios, bebiendo del helado, comiendo del dulce, y entrando dentro del coche todas las flores naturales que las referidas labradoras, lujosamente ataviadas con trajes del país le ofrecían.

En su permanencia en la estación, que fue de treinta y tres minutos, a pesar de estar marcados solamente cinco en el áulico itinerario, SS.MM. conversaron afablemente con todas las autoridades y demás personas que se le aproximaron, manifestando cuan agradable le era la posición geográfica del pueblo y, en particular, la vista de su hermoso castillo sobre la gran mole de roca.

No quiso marchar de la población sin dejar consignado un rasgo de su tan conocida munificencia, y presentándose una pobre mujer con unos gemelos que había tenido pocos días antes, le dio de limosna 260 reales, librando después a la villa 3.000 reales para los pobres y el hospital de la misma. Después de permanecer las reales personas con los hijos del pueblo los treinta y tres minutos que se han dicho, siendo avanzada la tarde, partió el tren entre el clamoreo universal, mereciendo el singular favor de que S.M. la Reina no apartárase de la portezuela del coche mientras pudo ver y despedirse a larga distancia de los hijos de la villa, de quienes lleva un grato recuer-

do, según expresión de tan Augusta Señora, repetida varias veces en la capital de la provincia, ante los Excmos. Sres. Ministros y otras personas de la real servidumbre.

Y para que así conste perpetua memoria y eterno honor y gloria de las venideras generaciones de esta heroica villa se consigna este acta que firman todos los señores del Ayuntamiento".

¡Qué gratos recuerdos de los primeros años del ferrocarril! Cuando los trenes surcaban a toda velocidad la huerta, plena de tonalidades del verde al amarillo, con el silbato atronando la tranquila atmósfera de la mañana, levantando bandadas de tordos de los extensos cañares de la ribera del río, junto al cual circulaba la locomotora, elevando negros penachos de humo al luminoso cielo azul.

El estridente pitido del tren anunciando su llegada al paso a nivel por donde cruzaba la vía férrea una vereda, le trajo de nuevo a la memoria la figura del eminente político y orador, Emilio Castelar, que había vivido y estudiado en su infancia en la cercana villa, coronada por un majestuoso castillo moruno. Por esa vereda vino en muchas ocasiones el futuro tribuno a comerse la Mona, caminando los tres kilómetros que separaban la población del Chorrillo, cerca de la senda por la que construirían la vía férrea.

Años después, las pandillas de niños jugaban a correr más que el tren, que silbaba con toda su potencia para advertir de su presencia, al mismo tiempo que parecía decir lleno de orgullo: "Mirádme,

soy el tren; soy muy veloz; soy el progreso". Cuando el convoy se aproximaba, los niños se refugiaban bajo la extensa y protectora copa del pino del Chorrillo. Después de recuperar el resuello, las cuadrillas de niños por un lado, y los grupos de niñas por otro, comenzaban sus variados y divertidos juegos: a pillar, a la comba, al corro, a la correa, al pañuelo, etc.

Desde mis largos años de vida vegetal, contemplando a sucesivas generaciones de niños, que al convertirse en adultos vuelven con sus hijos y aun con sus nietos, creo que las fiestas infantiles por excelencia son las de la Pascua de Mona (la Pascua de Resurrección), también llamadas simplemente "las Monas", que si bien no tienen carácter exclusivamente infantil, pues destaca esencialmente el elemento juvenil, todos los niños participan en ellas de la forma más activa y llegando a ser el eje de las Monas de los mayores.

La costumbre de su celebración es inmemorial, ya que hasta los más ancianos recuerdan no sólo haberlas celebrado ellos, sino haberlo oído relatar ya a sus abuelos, y cuando me plantaron, ya acudían los niños a comerse la Mona al Chorrillo. El nombre le viene a las fiestas del bollo que con un huevo en el centro se toma en la merienda de esos días, que son el Domingo de Resurrección y el lunes, y el domingo siguiente.

La tradición de estos días era y sigue siendo salir al campo a merendar, con una cesta en la que antiguamente sólo se llevaba la Mona y cada vez fue

completándose más la merienda, a medida que iba subiendo el poder adquisitivo, llegando éstas a ser auténticos banquetes, de modo que los niños llevan en su cestita una fiambrera con carne y tortilla, además de habas tiernas, lechuga, fruta, fiambres y pastas variadas, entre las que la Mona es lo más importante.

El primer día se va a merendar al Chorrillo, un bello paraje junto al río, y donde como indica el topónimo, abunda el agua y las verdes praderas. Antes de merendar, los niños juegan a la comba, al corro, etc., y después, con sus manteles en tierra, se sientan para saborear sus viandas, terminadas las cuales regresan al tiempo de anochecer.

Aún desde muy pequeños, los niños no suelen ir a comer "la Mona" solo con sus padres, sino que éstos buscan a otros niños de sus amistades, reuniéndose lo que se llama "una cuadrilla", que a medida que se van haciendo mayores se independizan, pero que hasta los ocho o diez años son acompañados por los grupos de padres, también en cuadrillas.

El atuendo de las Pascuas ha evolucionado con los años, pero desde el siglo pasado para salir al campo eran necesarios determinados requisitos, que hacían que el niño fuese ataviado de "monero". Hay una vieja canción cuya letra dice:

Qué ganas tengo que venga
la Pascua para estrenar
las alpargatas de mona,
la cesta y el delantal.

¡Ay! salerón, qué risa me da.
¡Ay! salerón, ja, ja, ja.

Esta canción, que las niñas cantaban a todo pulmón con sus infantiles voces al ir y volver del Chorrillo, resume lo que antes se consideraba como obligado para salir al campo. Alpargatas valencianas, con cintas negras que se ataban a las pantorrillas, cesta de esparto o mimbre y delantales de vistosos colores con pomposos volantes y atrevidos lazos, incluso de papel, mientras que los niños anudaban a su cuello pañuelos de colores chillones.

Como complemento a este llamativo atuendo, se embadurnaba a las niñas con colorete y carmín, pintándole en las mejillas llamativos lunares con la cabeza de un alfiler ahumado. Cuentan que muy antiguamente, cuando las madres no utilizaban afeites (al menos las mujeres de tipo medio del pueblo), para pintar a las niñas en estos días, se recurría al papel de seda rojo, que al mojarse despintaba y dejaba su tinta escarlata en las mejillas y labios de las pequeñas.

Los niños merendaban bien y con buen apetito, y disponían de un acusado sentido del humor, como se puede comprobar en otra de las canciones que todos los años era obligada en las Pascuas:

Venimos de la Colonia,
ya hemos merendado,
algunos quisieran
lo que nos ha sobrado.

Nos ha sobrado un huevo,
una longaniza,
un pedazo toña.
¡Ay Jesús! Qué risa.
Ja, ja, ja.

El viejo pino volvió a estremecerse, y no por el azote del viento, sino por los terribles recuerdos de tristes sucesos y trágicos acontecimientos, que no hubiese querido contemplar, como los accidentes que se sucedían más que regularmente en el paso a nivel sin barrera de la vereda. Por desgracia, también en sus inmediaciones, varias personas se habían suicidado tirándose al tren, teniendo como único testigo al ya maduro árbol.

Una nueva idea circuló por la espesa savia del pino: toda su vida, su lejana juventud, la dilatada época adulta y la presente vejez, había estado ligada en gran medida al ferrocarril, pues por su cercana presencia al mismo había contemplado su nacimiento, circular los primeros trenes con máquinas de vapor, su desarrollo y esplendor posteriores, las potentes máquinas diesel del siglo XX, en cuyas postrimerías, los rápidos trenes de alta velocidad, como el Euromed, circulaban por la vía férrea como una exhalación, y la cansada visión del anciano pino ya no podía entretenerse en contemplar y contar la variedad de trenes, y se tenía que contentar con escuchar el sonoro pitido con el que siempre habían saludado los trenes la presencia del gran pino junto al ferrocarril.

EL CHIMPANCÉ Y EL TREN

La historia de Coco, el chimpancé de la condesa, era bien sencilla –nos contaba la abuela Mariana a sus nietos en las largas noches invernales, junto al fuego–. Un hermano de la aristócrata, que había viajado hasta las posesiones españolas en Río Muni en busca de aventuras, volvió a la península con una malaria intermitente y un pequeño chimpancé que pensaba regalar a los hijos de su hermana, y que terminó en las tierras de la condesa por ser un lugar más adecuado que la mansión madrileña del Paseo de la Castellana.

La condesa pasaba largas temporadas en una gran Colonia agrícola, de las fundadas al calor de las leyes fiscales del último decenio del siglo pasado. Estaba situada en un paraje conocido con el nombre de la mártir de Barcelona, en el término municipal de Sax. Eran tierras fértiles donde el ingenio del conde y el buen gusto de la condesa encontraron terreno abonado para desarrollarse. Plantaron arroz en las marjales, donde el agua era abundante;

viñedos en los glacis de las montañas y olivos en las colinas que moteaban el paisaje. Construyeron fábricas y lagares, bodegas y almazaras. Casas para los empleados, donde el conde tuvo que echar mano de sus conocimientos en planificación urbana, creando un pequeño pueblecito, con sus calles y plazas, sus tiendas y su despacho de correos y telégrafos, y hasta un pequeño teatro para recreo de todos durante los días de fiesta. Y, por supuesto, un palacio modernista que presidía todo el conjunto, pues ya se sabe que no puede haber condesa sin palacio.

Pasó el tiempo y la hacienda fue prosperando, e incluso en sus bodegas llegó a envejecer un buen coñac que era comercializado con el nombre de la heredad. Durante estos años fue creciendo Coco, el chimpancé, haciéndose popular en los contornos por su alegría y natural simpatía, y siendo adulto pesaba 70 kilos, medía casi un metro y medio de alto y tenía la fuerza de tres hombres.

Coco parecía feliz, pues su vida resultaba fácil en el nuevo hogar, y no era consciente de las rutinas diarias. Para él todos los días eran diferentes y excitantes, y bien exploraba nuevos lugares de la gran finca, o bien jugaba y se entretenía con nuevas personas de las que diariamente acudían a la Colonia por asuntos comerciales, como los viajantes y los tratantes de caballerías.

Su principal demanda diaria, la alimentación, la tenía resuelta gracias a los desvelos de algunos criados que, cumpliendo órdenes de la condesa, procu-

raban proporcionarle frutas variadas. También le gustaba llenar la panza con hojas, hierba, flores, yemas, cortezas y néctar de las flores. Le deleitaba comer frutos con cáscara dura, como nueces y almendras, que abría con facilidad golpeándolos entre dos piedras. De vez en cuando, también atrapaba pequeños animales, como caracoles, hormigas y gusanos.

Con el tiempo fue acumulando experiencias y anécdotas, no siempre positivas, y llegó a tomarse pequeñas venganzas, como la que le infligió a Pepe, uno de los criados que más cuidaba de él, alimentándolo con frutas y hortalizas de la huerta, incluso con plátanos y cocos, cuando venían del puerto de mar más próximo.

Cuando hacía buen tiempo, Pepe bañaba al chimpancé en la gran balsa donde se recogían las aguas para el riego de la huerta aledaña a las casas de los trabajadores, aunque no era extraño que el propio Coco se bañara por su cuenta en los bellos estanques que adornaban el gran jardín del palacio. Pues bien, en ocasiones, el caprichoso criado hacía sufrir un poco a Coco no dejándolo salir del agua o hundiéndolo en la balsa. Mientras el mono saltaba y gesticulaba dentro del agua, el criado se reía, pues aquellas protestas y gestos le hacían mucha gracia. Después, cuando salía el simio del agua, le daba una golosina para que él, agradecido, olvidase su enojo. Así ocurrió muchas veces, hasta que un día, por un descuido, Pepe cayó a la balsa cuando Coco estaba fuera, y el chimpancé, imitando lo que eje-

cutaban las personas, no dejaba salir de la alberca al criado, que no sabía nadar y no llegaba con sus pies al fondo, por lo que se encontraba en una apurada situación, cuando a los violentos gritos de auxilio acudieron otros sirvientes que sacaron del agua a una nueva persona, desengañada de la bondad de los animales, y muy mal predispuesto contra Coco, a quien hubo que esconder rápidamente para salvarlo de la gran paliza a que quería someterlo el tembloroso e iracundo Pepe.

Otra de las frecuentes distracciones de Coco era encaramarse con asombrosa agilidad en todo lo alto de los grandes olmos y majestuosos chopos que rodeaban los jardines, o en el tejado de la gran torre de la destilería. Desde estas alturas descubrió un mundo nuevo, y allí pasaba las horas contemplando las lejanas montañas, de un azul pálido, la gran llanura de color rojizo terroso y, en las cercanías, el curso del pequeño río en cuyos márgenes crecían las alamedas y donde pescaban barbos los aficionados a este pasatiempo durante las cálidas tardes estivales.

Paralela al río discurría la carretera que unía las tierras de la costa con la gran meseta del interior de la península. A su lado se dibujaba un extraño camino de hierro, que al chimpancé le recordaba la senda de los elefantes, y por donde en determinados momentos veía circular unos enormes monstruos negros, que echaban grandes cantidades de humo por su boca y, en ciertas ocasiones, incluso

escupían fuego en forma de chispas encendidas. Estas manifestaciones de terror solía acompañarlas de un estridente pitido que hería los oídos de Coco, que cuando lo veía llegar se refugiaba en alguno de sus escondites secretos, en la bodega o la almazara.

Al discurrir de los meses, Coco fue perdiendo el miedo al monstruo desconocido, a fuerza de repetirse diariamente su aparición por el sendero de hierro. Primero tímidamente y luego con mayor decisión, Coco iba acercándose cada vez más al trayecto del extraño ser humeante. En unas ocasiones sus intentos eran solitarios, pero a veces aprovechaba la compañía de las personas que se dirigían a la pequeña estación de ferrocarril, situada a menos de un kilómetro de la finca, rodeada de viñedos de buena uva monastrel, que daban un vino fuerte y recio, de elevada graduación alcohólica. En dicha estación se detenían los trenes de cercanías y el correo de Madrid, que dejaba y recogía la correspondencia. Coco, acostumbrado al trato con la gente, se habituó enseguida al trasiego de personas y mercancías, mientras la gran máquina negra, detenida en la estación, resoplaba y gemía al recuperar fuerzas.

Generalmente se trataba de una locomotora "Sacchs Waschinen Fabrik", fabricada en Alemania, del tipo 0-6-0 L.T. (Locomotora Ténder). Llevaba en los flancos de la caldera dos depósitos ribeteados con clavos y remaches. En el centro estaba el arenero y, más adelante, un domo panzudo y ancho

que era la cúpula de toma de vapor con sus válvulas de seguridad por donde se escapaba el humo pulverizado. La chimenea era alta y cabezuda con su tapa caída, y tenía un fanal redondo con un anillo de latón reluciente. El gato para las ruedas descansaba sobre el parachoques de madera claveteada. La locomotora tenía una marquesina para el maquinista y el fogonero, estando el silbato en el techo de la cabina. Este tipo de locomotoras tenía el frente cuadrado y se diferenciaba de las de otras compañías que lo tenían redondo.

Los vagones tenían seis metros de largo, con topes en los dos frentes, cuatro ruedas para sus dos ejes y sus correspondientes ballestas de flejes de hierro, muy propias y alargadas para la suspensión. Una estribera lateral de madera servía para que el revisor, ayudándose de un páramo de barandilla, pasase a los distintos compartimentos, que tenían sus asientos y respaldos de madera dispuestos perpendicularmente al sentido de la máquina. Cada vagón tenía un aseo estrecho, con un lavabo y taza evacuatoria.

El enganche de los vagones se hacía por medio de un husillo o tornillo, protegido con cadenas de seguridad. El alumbrado era de aceite, cada vagón disponía de una lámpara situada en el techo de cada compartimento, revestida con un globo de vidrio y con una linterna exterior para permitir la salida de humos. Los vagones primitivos tenían sus paredes cubiertas de madera, que posteriormente

fue sustituida por chapa metálica, aunque conservando su estructura original.

Los vagones para el ganado eran también de madera. Disponían de dos pisos con puertas corredizas por donde entraban los animales. También tenían dos topes en cada frente, con el husillo o tornillo para el enganche, con las zapatas para los frenos y con una caseta para el guarda-frenos.

Existía también un vagón de lujo, ostentosamente decorado y amueblado con tresillos de estilo barroco tapizados, portamaletas de redecilla y tiradores bordados para el manejo de los cristales de las ventanillas, que se adornaban con cortinas y alzapaños. En uno de los extremos del mismo se encontraba el lavabo y en el otro un pequeño cuarto destinado al maquinista, donde estaban las baterías para las luces y el freno.

Día tras día, Coco continuaba encaminándose a la estación para contemplar con temor y admiración las nuevas maravillas que había descubierto. La locomotora y los vagones despertaban en su instinto animal la atávica necesidad de viajar. Cierta tarde, creyendo que ya conocía todas las particularidades de su nuevo amigo, se atrevió a subir en dos saltos por los laterales de un coche, en una buena demostración de su portentosa elasticidad. Una vez en lo alto del vagón, fue recorriendo el tren por su parte superior, mientras saltos y risas daban muestras de su gran alegría, sin obedecer las órdenes para que bajara que los empleados de la finca le daban con grandes voces, mezcla de miedo y admiración.

El silbato del jefe de estación dando paso libre al tren provocó una brusca reacción en Coco, que corrió atemorizado por los techos de los vagones sin darse cuenta que la máquina se ponía en marcha y avanzaba lentamente. Este movimiento inesperado ocasionó que Coco perdiera pie y se desplomara sobre el ténder con un grito de terror. Tiznado de carbón, asustado y con los ojos llenos del polvillo de la carbonilla, recibió en un costado un chorro de vapor caliente que le hizo caer al suelo y rodar por el terraplén mientras la locomotora daba un fuerte pitido que aterrorizó todavía más, si cabe, a un quejoso chimpancé que saltaba y corría con denodado esfuerzo por entre las viñas, medio escaldado, camino de la Colonia, y de la balsa de riego, donde se bañó con todo entusiasmo, y de forma voluntaria por una vez.

A partir de ese momento de perpetuo mal recuerdo, cuando oía el silbato del tren, Coco corría a esconderse en lo más oscuro de la bodega y nunca más volvió a contemplar el humo del tren sobre el cielo azul.

ASESINATO EN LA "CASICA VIEJA"

Cada año, cuando se aproximaban en el calendario sajeño las esperadas fechas de las Fiestas de San Blas, la abuela Mariana nos contaba la historia del asesinato en la "Casica Vieja". Siempre comenzaba invariablemente así:

El día empezó con truenos, pero no eran de tormenta, sino estampidos de los arcabuces. Era el dos de febrero y las Comparsas de Moros y Cristianos acompañan en procesión a la Virgen de la Candelaria y bajan al santo desde la ermita a la parroquia.

En la clara y fría mañana invernal, el sonido de los disparos de arcabuz llega muy lejos, y a tres kilómetros en línea recta desde el pueblo, en la "Casica Vieja", el tío Pepe los oye con toda nitidez mientras da de comer a los animales del corral: una punta de cabras, media docena de ovejas y dos docenas de gallinas, además de dos parejas de patos que alegran el redil con sus graznidos.

El tío Pepe, mediero de la finca, está contento, y no solamente porque son días de fiesta y el trabajo

se reduce al mínimo, pues ya tiene recogida la oliva, aunque no puede descuidar el arreglo de los animales. Su alegría viene de los quinientos duros que ha cobrado de la última cosecha de vino, que ha vendido a un importante bodeguero de la villa, que lo exportará a Francia y el resto de Europa.

Estamos en la última década del siglo XIX, cuando todavía no ha llegado la crisis al excelente negocio que era el cultivo de la vid y la elaboración de vino, desde que España había firmado unos años antes con Francia un ventajoso tratado comercial para exportar vino, pues los franceses tenían sus viñedos arruinados por la filoxera.

Por toda la comarca se realizaron grandes plantaciones de viña, y la cosecha era de miles de hectólitros, y a un precio de cinco pesetas la arroba (17'75 litros), que puso de moda el dicho de que con estos precios "se podían cavar las cepas con azadas de plata".

Aquel sábado festivo, como si fuera un domingo cualquiera, la familia del tío Pepe bajó al pueblo con el carro, para ir a misa. Allá fueron la tía Rosa, su mujer, y sus dos hijas: la Anica y la Sotera. Su único hijo estaba en Cuba, sirviendo al Rey, pero más parecía por las cartas que les mandaba, que luchaba contra el calor, el polvo y los mosquitos de una isla tropical.

Normalmente, después de la misa, la madre y las hijas volvían a la casa, acompañados de los novios de las jóvenes, pero ese día, como eran las Fiestas de Moros y Cristianos, las chicas querían

pasar la tarde en el pueblo, y escuchar la Embajada, que atraía mucho público a la plaza del Parador, donde estaba montado el viejo castillo de madera, y era una buena ocasión para pasear y lucir los nuevos delantales de percal.

La madre apoyó a las hijas y el tío Pepe cedió al deseo de las mujeres. La tía Rosa preparó una comida de fiambre para llevar al pueblo, y le dejó la mesa puesta al marido: una fritada de conejo con tomate y queso de cabra tierno.

Después de comer, el tío Pepe se puso a hacer soga a la puerta de la casa, tomando el sol en el resés de la fachada, pues ya a primeros de febrero empezaba a alargar la tarde y apetecía estar en la calle, dejando el sentarse a la lumbre para después de cenar.

A media tarde dejó de hacer cuerda. Se levantó de la silla de anea e hizo una gruesa madeja con la soga de esparto. Tras desperezarse para desentumecer los músculos de los brazos y piernas, se dirigió al corral, para dar el pienso a las gallinas y conejos. Les echó unas garbas de alfalfa empacada y de matas de habas secas a las cabras y ovejas.

Se fue a la cuadra para darle el pienso a las caballerías, pero como todavía quedaba bastante tarde, decidió sacar las dos mulas y el macho a la calle, y dejarlos que pastasen por los ribazos de alrededor de la casa, donde estaba la era y el aljibe de arrastre.

Después, volvió a su silla y se enfrascó de nuevo en su faena con la pleita. No había pasado ni media

hora cuando un pequeño relincho del macho y unos movimientos inquietos de las mulas, avisaron al tío Pepe que tenía visita.

Alguien venía por la vereda y cruzaba por el camino del pozo hasta la casa. El tío Pepe no esperaba visita, a menos que fuese el pastor de la "Carrasquica", que acertara a pasar por la falda del monte con su ganado de blancas cabras de montaña.

Sin embargo, los que se acercaban no eran pastores, sino jornaleros vestidos de día de feria, con los pantalones nuevos de pana, la blusa negra y la manta a cuadros sobre los hombros, por si refrescaba a la noche, además de la gorra.

Un escalofrío de temor atenazó el ánimo del tío Pepe, pues había reconocido a los visitantes. Eran dos hombres jóvenes, que rondaban la treintena, con poca afición por el trabajo, y más conocidos por frecuentar tabernas y cafés de mala reputación, donde las malas compañías terminaron por cambiar su carácter y llevarlos por el camino torcido. Malvivían de trabajos ocasionales y de los pequeños hurtos de productos del campo, a pesar de la vigilancia de los guardias jurados, que luego malvendían o consumían en sus casas, que con mucho esfuerzo y trabajo intentaban llevar adelante sus mujeres.

Uno de ellos, el Eufemio, había trabajado unos días la semana anterior limpiando los cubos de la bodega del comerciante de vinos que había comprado la cosecha de la Casica Vieja, y había visto como el tío Pepe cobraba los quinientos duros de su parte.

Aquella mañana, refugiándose de los tiros de

arcabuz, se encontró con su compinche, el Tiburcio, en la taberna del Colás, y entre copa y copa de anís cazalla, que tomaban "para quitarse las telarañas de la garganta" y para "abrir el gusanillo del apetito", se fueron envalentonando para ver qué fechoría realizaban esos días de fiesta, que para ellos eran los mejores, por estar más despoblado el campo y con menos vigilancia.

Pasadas unas horas, y sentados en una mesa de otra taberna, esta vez en la plaza, donde estaban los puestos de la Feria, de cara a la calle, y con un chato de vino en las manos, el Eufemio vio pasar curioseando por los tenderetes de la Feria, a la tía Rosa y sus hijas. Como un relámpago cruzó por su cabeza la imagen del tío Pepe, el mediero de la Casica Vieja, cobrando los quinientos duros del vino.

Comprendió que si las mujeres estaban por el pueblo, el tío Pepe debía estar solo en el campo, cuidando de la casa y de los animales. Conociendo la manera de pensar de los hombres del campo, que les gustaba tener dinero ahorrado en sus casas, para poder resistir cuando vinieran las malas cosechas, pensó que podría ser una buena idea acercarse a la Casica Vieja con el Tiburcio, y buscar la ocasión de robarle al tío Pepe sus duros.

Enseguida le contó sus planes a su compinche, apuraron en dos tragos los chatos de vino y tranquilamente, como si se dirigieran a otra taberna, caminaron por la calle Mayor, cruzaron el puente, y en vez de continuar hasta la estación del ferrocarril, ata-

jaron por el barranco del Portugués, para evitar cruzarse con alguien en su camino hacia la casa de campo donde imaginaban que estaba el tío Pepe cuidando de sus buenos duros, ganados con mucho esfuerzo.

Siguieron por el barranco y pasaron por debajo del puente por donde el ferrocarril lo cruza. Más adelante se desviaron por la vereda de La Tejera, realizando un recorrido más largo que si hubieran ido por el camino de la Casica Vieja, pero de esta forma evitaban encontrarse con alguien que más adelante pudiera recordarlos.

Continuaron a buen paso, cuesta arriba, por la vereda, y cuando llegaron a la altura de las tierras de la finca, la abandonaron, atravesaron unos bancales de olivos, buscando no ser vistos, hasta que ya cerca de la casa, tomaron el camino del pozo, y en pocos pasos se encontraron en la puerta de la casa, donde el tío Pepe se disponía a continuar tejiendo pleita.

Saludaron amistosamente al mediero, quien se había puesto en guardia sobre la inesperada visita, mientras intentaban tranquilizarlo explicándole que iban camino de La Tejera, donde tenían que pasar la noche, pues al día siguiente, bien temprano, tenían que ayudar al tío Román a cargar un carro de alfalfa, pero que como tenían tiempo de sobra, pues habían salido temprano del pueblo, al ver de lejos al tío Pepe llevando a pasturar las caballerías, habían decidido ir a visitarlo y fumarse un cigarro juntos.

Aún no habían terminado de hablar el Eufemio

y el Tiburcio cuando el tío Pepe ya sacaba del bolsillo de su chaleco la petaca y el librico de papel de fumar, ofreciendo a sus visitas, que le agradecieron el gesto, y los tres fumaron con toda la parsimonia y tranquilidad que caracteriza a los que no tienen prisa, sentados el tío Pepe en su silla de anea y los visitantes en el banco de obra situado junto a la puerta de la casa.

Hablaron del tiempo, del campo, de los jornales, de las cosechas, de las fiestas, de la política municipal, y del enfrentamiento entre los Senabres y los Marcos. Pero mientras seguían conversando, un escalofrío de intranquilidad recorrió el cuerpo del tío Pepe, quien de pronto recordó al Eufemio en la bodega de don Vicente, cuando el comerciante le pagó los quinientos duros en un abultado fajo de billetes.

Un mal presentimiento sobre lo que de verdad pretendían aquellos individuos cruzó por su cabeza, y la idea de que aquellos dos no estaban allí de visita, sino que querían otra cosa, tomaba cuerpo por momentos, cuando al terminar de fumarse los cigarros siguieron tranquilamente sentados en el banco, sin hacer ademanes de marcharse y despedirse, mientras de entre sus negras fajas asomaba el plateado mango de sus facas.

El tío Pepe decidió entrar en la casa con la excusa de sacar más tabaco, pues ya no le quedaba en la petaca, para otra ronda, y con la oculta intención de coger su faca, que estaba en un cajón del aparador que presidía la gran cocina de la casa, la prin-

cipal estancia por su tamaño, con la gran campana del hogar. Pero las intenciones asesinas del Eufemio y el Tiburcio se desataron en ese momento, y aprovechando que el tío Pepe les daba la espalda, el Eufemio sacó su faca y lo apuñaló por la espalda, mientras el Tiburcio golpeaba con una estaca a la perra pachona, la Estrella, que se había levantado de un salto, y comenzado a ladrar con violencia, cuando vio el ataque a su amo.

El tío Pepe cayó moribundo en el caminito empedrado de redondeados y suaves guijarros que cruzaba el suelo del comedor, enlucido de yeso moreno, que conducía desde el portal a la cuadra.

Mientras el mediero se desangraba en el suelo de la cocina, los dos asesinos revolvían apresuradamente todos los enseres de la habitación. En el cajón de la derecha de la cómoda encontraron un puñado de pesetas, que se guardaron codiciosamente en el bolsillo. Pero por más que revisaron cajones y armarios, arcas y cofres, ni rastro de los quinientos duros que habían venido a robar.

Siguieron por los dormitorios, donde registraron las mesillas de noche, los armarios y las camas. La alcoba del matrimonio la examinaron más atentamente, pensando que allí estaría escondido el dinero. Sacaron toda la ropa del baúl, vaciaron el armario de luna, pusieron patas arriba la mesilla de noche, buscando un cajón oculto, tiraron al suelo el colchón de lana, por si había algo entre el colchón y el somier. Llenos de rabia por no encontrar el dinero, a la escasa luz que entraba por la ventana

de una tarde que estaba finalizando, los dos compinches sacaron de nuevo las facas y acuchillaron con todas sus fuerzas el colchón, sacando a puñados la lana, con la esperanza de encontrar allí el dinero.

Ya casi a oscuras, sin haber hallado ni rastro de los billetes, decidieron abandonar la alcoba, dando el Eufemio un fuerte puñetazo de rabia al espejo del armario, cortándose ligeramente en la palma de la mano derecha. También el Tiburcio le pegó una fuerte patada al orinal de loza blanca que estaba bajo la cabecera de la cama, que se hizo añicos al estrellarse contra la pared.

Mientras salían de la cocina, un hilo de sangre caía de la mano del Eufemio, dejando un reguero de sangre que se mezcló con la sangre casi seca del tío Pepe, que yacía de bruces sobre el suelo de la cocina, obstruyendo la puerta.

Los dos malhechores tuvieron que rodear sus piernas para poder salir a la calle, intentando no rozarlo, tal vez por un último gesto de respeto al muerto. Ya era casi de noche, y con las últimas luces del crepúsculo buscaron un alto ribazo, junto a una hilera de olivos, por donde atajaron hacia la vereda, camino del pueblo, huyendo de su crimen, llenos de rabia y furor por no haber encontrado el dinero.

En su huida, al pasar junto a una pequeña casica de campo, el Eufemio tiró al aljibe su faca, manchada de sangre, para deshacerse del arma del crimen.

Cuando los dos maleantes llegaron de nuevo al pueblo por el mismo camino, casi se cruzan con la familia del fallecido, la tía Rosa con sus hijas y los novios, que acompañaban a las mujeres hasta la casa de campo, para terminar de festear.

Poco antes de llegar a la casa, notaron que algo extraño ocurría, pues oyeron relinchar al macho y el confuso murmullo de la inquietud de las caballerías. Todos se dieron cuenta de la anormalidad que suponía que las mulas estuvieran todavía sueltas, por los alrededores, y no en la cuadra. Algo malo le tenía que haber pasado al tío Pepe. Apresuraron el paso hacia la casa, donde se encontraron con la tragedia.

Uno de los novios bajó corriendo al pueblo, a dar parte a la Guardia Civil. A las dos horas volvió con una pareja de la benemérita, que se hizo cargo de las investigaciones. Mientras tanto, el otro novio encerró las mulas y el macho en la cuadra y ayudó a la madre y las hijas a llevar el cuerpo sin vida del tío Pepe hasta el roto colchón que las mujeres sacaron de la revuelta alcoba y tendieron en medio de la cocina.

Reavivaron el fuego del hogar y encendieron todos los candiles que tenían y el quinqué, iluminando con su mortecina luz la estancia, quedando amplias zonas y rincones en penumbra, lo que contribuía a dar un aspecto más tétrico y lúgubre a la escena, donde llenas de dolor, la madre y las hijas, ya viuda y huérfanas, lloraban y gritaban, plenas de dolor y rabia, mientras amortajaban el cadáver del tío Pepe.

A la luz de un candil, la Guardia Civil observó la cocina y la alcoba, toda revuelta. Ya en la calle, junto a la puerta de la casa, donde todavía estaba la silla de anea, uno de los números señaló la presencia de tres colillas, por lo que dedujeron que habían sido dos los ladrones y asesinos.

Entraron de nuevo en la casa y preguntaron a la madre si tenían dinero en la casa, y si le habían robado algo. Una de las hijas fue hasta la cómoda, abrió los cajones y echó en falta unas pesetas que tenían allí para el gasto de la casa cuando iban al mercado los domingos.

Seguidamente, la madre, que estaba llorando silenciosamente, sentada en una silla junto al cuerpo de su marido, se levantó despacio, con gran esfuerzo, y se dirigió hacia la alcoba. Allí se agachó junto a la mesita de noche, y casi a oscuras, pues el candil apenas iluminaba el suelo, palpando con las manos, buscó un pequeño agujero en el piso de yeso, y excavando la tierra con los dedos, sacó una pequeña bolsa de cuero negro, y con ella en las manos, volvió a la cocina, donde desató las vetas que la cerraban y de donde extrajo un apretado fajo de billetes: el dinero del vino que los ladrones buscaban y no supieron encontrar, disimulado como estaba en un pequeño agujero bajo el orinal de loza.

Nunca se averiguó quienes fueron los asesinos y el caso fue quedando en el olvido, hasta que muchos años después, mientras limpiaban el aljibe colmado del barro arrastrado por la lluvia en cierta

casica de campo, apareció entre el fango una vieja faca, con la hoja todavía manchada de un rojo sangre desvaído por el tiempo, y con una E toscamente grabada en la empuñadura.

Entonces, algunas personas mayores que todavía tenían presente lo sucedido veinte años atrás en la Casica Vieja, recordaron cierta riña entre dos sujetos que habían sido muy amigos, ocurrida pocos meses después de la muerte del tío Pepe, de resultas de la cual murió un tal Tiburcio, y huyó de la justicia su agresor, Eufemio, que desapareció del pueblo para siempre.

DOS HUSARES EMPAREDADOS
(O una historia de la Guerra de la Independencia)

LA CASA DE LOS ABUELOS en la plaza del Hoyo ya no existe. En su solar han levantado un amazacotado inmueble de viviendas de cuatro pisos, más el entresuelo y la planta baja, cerrando el camino a los rayos del sol, y dejando buena parte de la plaza en una umbría permanente.

Veinticinco años atrás, cuando mi hermano Manolo y yo estábamos próximos a cumplir nuestra primera década, íbamos casi todas las tardes a casa de los abuelos, un venerable edificio de planta baja y dos alturas. Allí jugábamos al escondite por todas las dependencias, revolviendo los enseres y aperos agrícolas que el abuelo, tan ordenado y meticuloso, guardaba en las cambras.

Cuando a las seis de la tarde la abuela Mariana nos llamaba para que merendáramos en la gran mesa de la amplia cocina, cerca del fuego de leña de oliveras, cepas y sarmientos, nos entreteníamos en leer la inscripción que grabada en el blando yeso de la campana de la cocina, dominaba toda la estancia:

"Día 16 de Octubre de este año 1812 se hizo esta chimenea por orden del general francés Barón Delort, y en 18 se marcharon sus tropas, habiendo permanecido 28 días consecutivos en la Villa de Sax, los que ya no volvieron".

Una de aquellas tardes, mientras merendábamos el pan con chocolate, el abuelo Vicente, al observar el afán que teníamos en leer la inscripción de la chimenea, nos dijo:

–Esta chimenea es de tiempos de la guerra contra los franceses, y quien la construyó fue un gran general, con una historia muy interesante.

–¡Buena figura este general! Mientras se entretenía en construir bellas chimeneas, no se enteraba de que le emparedaban a sus soldados –replicó la abuela.

–¿Qué es emparedar? –quiso saber el curioso de mi hermano.

–Todavía sois muy niños. Dentro de unos años os lo explicaré todo –contestó el abuelo.

No tuvo ocasión de contarnos esta historia, pues falleció cinco años después, cuando nosotros teníamos catorce, pero de mi mente no se borró que el abuelo tenía una explicación pendiente con nosotros y una pregunta quedó sin respuesta, aunque nos había contado muchas anécdotas y curiosidades que le habían contado sus padres y abuelos; pues en el pueblo, una de las historias de las que decíamos de verdad, porque sí habían pasado y no eran cuentos inventados, eran las que hablaban de

la época en la que los franceses habían ocupado España y de la guerra que hubo para echarlos fuera.

En mi caso, las historias de verdad me las contaba mi abuelo, que nos explicaba que las había oído contar a su abuelo cuando estaban sentados en el rincón de la cocina de la vieja casa de campo, en el paraje de la Torre, de la que eran medieros.

A los dieciséis años, cuando en el Instituto nos explicaban la Guerra de la Independencia, recordé la inscripción de la chimenea y supe lo que significaba emparedar: matar a los soldados de Napoleón que habían invadido España. Estrictamente se trataba de un castigo que se imponía en contadas ocasiones y consistía en meter al reo de pie en un nicho, que se cerraba después completamente con fábrica, abandonándole para que se muriese de hambre, o bien dejando sólo un ventanillo para la cara y poder suministrar alimento, prolongando de este modo su martirio; pero durante la Guerra de la Independencia era una forma como cualquier otra de deshacerse sin dejar rastro de los gabachos invasores por parte de los guerrilleros y patriotas.

Un viernes por la noche, mientras cenábamos en casa de la abuela, pregunté a mi padre si sabía lo que el abuelo nos hubiera contado de no haber muerto, sobre la enigmática inscripción de la chimenea. Contestó afirmativamente con un ademán de la cabeza y al finalizar la cena acudió a su pequeño despacho, de donde extrajo una copia del siguiente informe del Ayuntamiento. Se trataba del parte que había escrito la policía local:

"Hoy, catorce de noviembre de 1959, a las doce de la mañana, fuimos a la vivienda de D. José Ortuño Bernabé, en la calle Aurora, número nueve, requeridos por su propietario, quien en presencia del maestro de obras de esta localidad D. Pascual Ganga Herrero, y de su oficial D. José Lidueñas Marco, que se hallaban efectuando diversas reparaciones en la citada vivienda, al picar en una pared de la cocina para sanearla, encontraron un tabique que cerraba un pequeño armario, en cuyo interior se encontraron los cuerpos momificados de dos personas, que por su aspecto parecen militares, pues llevan una casaca de cordoncillos y un gorro de gran tamaño, tal vez franceses, pues según dichos populares, en esta casa había dos franceses emparedados. Dado parte al juez, se presentó una hora después, procediendo al levantamiento de los cadáveres, y ordenando su traslado al cementerio municipal, donde el enterrador procedió a darles sepultura en una fosa común. Se acompañan las fotografías tomadas en el lugar de los hechos, por si son necesarias para ulteriores investigaciones. Lo que pongo en su conocimiento..."

Años después, cuando ya estaba en la Facultad de Geografía e Historia, quise averiguar más datos sobre el general francés Barón Delort, y encontré la siguiente referencia en la biblioteca del departamento:

Jacobo Antonio Adriano Delort, Barón de Delort. General francés, nació en Arbois (Jura) el 16 de noviembre de 1773 y murió en su pueblo natal en 1846. Ingresó como voluntario en el ejército a los

dieciocho años. Hizo todas las campañas de la Revolución y recibió varias heridas en la batalla de Austerlitz. En España asistió a varios asedios y batallas, distinguiéndose en muchas ocasiones, especialmente en el asalto de Tarragona, después del cual ascendió a general de brigada, y en Sagunto. Por su brillante comportamiento en la batalla de Montereau (1814), ascendió a general de división, ganó la batalla de Ligny (1815) y fue herido en Waterloo. Durante la Restauración estuvo en desgracia, pero el gobierno de Julio le devolvió sus grados y le confió varios mandos. En 1830 fue elegido miembro de la Cámara de los diputados y desempeñó el cargo de ayudante de campo del rey, y en 1837 fue nombrado par de Francia y caballero gran cruz de la Legión de Honor. Era muy aficionado a la literatura, perteneció a varias academias, tradujo las "Odas" de Horacio, escribió unas "Notes sur l'ouvrage du général Berthezéne: Dix-huit mois à Alger" (París, 1834), y colaboró en "Victoires et Conquêtes". Su hija Cornelia, nació en 1827, y escribió "Una française à Jésusalem" (París, 1861) e "Impressions patriotiques et religieuses d'une Française" (1862).

Ese mismo curso, en la Facultad me encomendaron un trabajo sobre las requisas de alimentos y otros bienes en la Guerra de la Independencia. Aproveché las vacaciones de Navidad para comenzar dicha investigación. Mientras consultaba los archivos, aparte de comprobar la existencia de muchos recibos sobre las requisas, encontré docu-

mentación sobre la desaparición y muerte de soldados franceses, especialmente de un regimiento de húsares. También pude consultar el legajo de 1959 que hacía referencia al descubrimiento de dos hombres emparedados. La carpeta contenía diversos documentos, entre ellos los papeles encontrados en sus ropas. Se adjuntaban unas fotografías en blanco y negro, donde se apreciaban los cuerpos momificados, cubiertos por unas prendas que podían pertenecer a los húsares.

Por la tarde fui a la biblioteca municipal y amplié mis conocimientos sobre estos soldados:

Húsar: Del húngaro "huzsar". Soldado de caballería ligera vestido a la húngara. Su nombre, según parece, procede de las palabras "husr" (veinte) y "ar" (renta) porque en la época en que se creó este cuerpo, la nobleza húngara tenía que equipar un jinete por cada 20 hogares de sus dominios. En su origen, los húsares formaron, en Hungría y Polonia, una especie de milicia que se oponía perfectamente a la caballería irregular de los turcos. En las campañas sostenidas por Austria contra otras naciones europeas distinguiéronse los húsares húngaros, y a ello fue debido que en todos los países se pusiera empeño en imitar aquellos cuerpos de caballería ligera, copiando, sobre todo, sus trajes y equipos, como si en ello estuviesen encerradas las cualidades sobresalientes de aquellos jinetes que eran debidas a circunstancias peculiares de las comarcas donde se organizaban.

En España fueron también introducidos los húsares, pero imitándolos de Francia en vez de hacer la copia del original, lo cual se pudo hacer antes que nadie, por haber fraternizado los húsares húngaros con nuestros famosos infantes en tiempo de Carlos V. En España, el uniforme de los Húsares era el mismo para los seis Regimientos, diferenciándose en el nombre del Cuerpo que iba grabado en el escudo del mirlitón. Estaba compuesto por dormán encarnada con vuelta y cuello de color de su divisa y cordonadura blanca, con la guarnición, botones y hechura como la del Cazador. Pantalón recto azul celeste con cuchillos y media bota de becerro negro. Pelliza azul celeste con guarnición de piel de carnero negra y galón blanco con trencillas y botones como los Cazadores. Vueltas y cuello encarnados con galón. En el cuello una palma y un sable curvo cruzados. Como prenda de cabeza, un kalpak o mirlitón de pelo de oso o astracán negro con manga de paño del color de la divisa.

De vuelta a la Universidad, acudí al departamento de Historia Contemporánea, y en el despacho de don Antonio, el catedrático, le comenté mis sospechas sobre la posibilidad de que los cuerpos encontrados en 1959 pertenecieran a dos húsares napoleónicos, por la semejanza entre la descripción del uniforme de los húsares en los libros consultados y las viejas fotografías en blanco y negro de los soldados emparedados. El profesor se mostró muy interesado por esta posibilidad y me animó a seguir profundizando en esta hipótesis, además de pro-

porcionarme la siguiente visión de conjunto sobre aquélla época:

"Hasta 1812, las tierras alicantinas no fueron escenario de acciones bélicas de importancia. Sin embargo, se sintió la guerra desde el primer momento con idéntica intensidad a la experimentada en otras partes de España. En primer término porque se efectuaron alistamientos como en otros lugares, y compañías integradas por alicantinos lucharon en varios territorios (en especial actuaron en diversas zonas del valle del Ebro, donde se distinguió el mariscal José Carratalá, nacido en Alicante).

Desde comienzos de 1812, la mayoría de los núcleos de población alicantinos fueron ocupados por los franceses. Estas conquistas no siempre suponen una presencia permanente de las tropas napoleónicas; salvo ciertos puntos de especial valor estratégico, como Denia, el conjunto de la provincia fue utilizado por el ejército francés como lugar de paso o punto de aprovisionamiento. Ciudades como Alcoy, Elda, Novelda, Orihuela, etcétera, fueron obligadas de vez en cuando a proporcionar víveres, pienso para los caballos, hospedaje a la tropa... sin que los franceses permanecieran en ellas de continuo.

La ciudad de Alicante permaneció en todo momento libre de la ocupación francesa, siendo, junto con Cádiz, los dos únicos núcleos de población importantes de España no conquistados por Napoleón.

Las actuaciones del ejército francés en varios puntos de la provincia, sin embargo, llevaron a los alicantinos un constante temor al cambio de suerte. Sobre todo la situación fue preocupante en julio de 1812, en que el general francés Harispe

venció en Ibi y Castalla a un importante ejército español muy mal mandado por O`Donnell. El descalabro de esta primera "batalla de Castalla" fue el hecho bélico de mayor relieve ocurrido en este territorio. Aunque en esa acción fue destrozado el ejército español (sufrió más de 4.000 prisioneros), las tropas francesas no llegaron a entrar en la capital, donde desembarcaban tropas anglosicilianas en agosto. Mandado por el británico Maitland, este importante contingente militar (cuya presencia en Alicante provocó un alza de precios notable y los subsiguientes desmanes) no llegó a enfrentarse de lleno en tierras alicantinas a los franceses porque éstos se replegaron hacia Valencia. La defensa de esta ciudad constituyó el objetivo de su dueño, el mariscal Suchet, quien no arriesgó hasta el final de la guerra. En los últimos momentos, cuando comienzan a avanzar por todo el territorio español los ejércitos hispanobritánicos, sólo queda Valencia como punto importante en manos de Napoleón. Para su defensa, Suchet volvió a presentar batalla, en abril de 1813, a un ejército conjunto español e inglés mandado por Elío y Murray en la zona de Yecla, Villena, Biar y Castalla. En esta ocasión la victoria fue para las tropas aliadas, que lograron así detener definitivamente las posibilidades de mantenimiento del dominio francés en el Reino de Valencia.

En efecto, desde el último semestre de 1813 la presión del general Elío, mandando las tropas regulares españolas, de los batallones ingleses y de las guerrillas fueron actuando para liberar los lugares ocupados. El 4 de julio los franceses desalojan Valencia, y acto seguido quedan libres de su amenaza los restantes puntos del reino.

En cuanto a la represión y a la ocupación de los franceses, es frecuente, de 1812 a 1813, por ejemplo, la llegada a Denia y a otras importantes poblaciones, en calidad de rehenes, al cura, alcalde y ciudadanos pudientes de los pueblos de la comarca para obligar a los vecinos al pago de las demandas militares. Los calabozos del castillo de Denia estuvieron ocupados de forma constante por este tipo de prisioneros. Con los guerrilleros, sin embargo, el procedimiento era sumario: la horca o el fusilamiento se practicó de inmediato contra todo el que ofreciera resistencia armada al ejército napoleónico".

Seguía investigando, pero en la bibliografía local no encontré nuevos datos sobre la participación de los franceses en la comarca, además de las requisas y las muy documentadas referencias a las dos batallas de Castalla, por lo que de nuevo volví al archivo municipal, donde hallé otra pista sobre la desaparición de los dos húsares en el siguiente documento, traspapelado entre los recibos de requisas:

"A LA JUSTICIA DE SAX

Durante el día de ayer han desaparecido dos húsares que desempeñaban las funciones de correos imperiales.

Si en el plazo de dos días no aparecen dichos correos, mandaré a soldados que traten a ese pueblo a discreción, principalmente a las autoridades.

Sax, 16 de octubre de 1812
General Barón Delort".

Con la marcha del general francés el 18 de octubre, aunque nos quedamos sin nuevas reformas

arquitectónicas en las casas del pueblo, también se libró la villa de ser pasada a cuchillo en venganza por la muerte de los dos húsares que el Barón creía, con fundamento, que se debía a los guerrilleros sajeños, según se desprende de la lectura del documento anterior.

¿Y qué importantes documentos llevaban aquellos correos imperiales en el momento de su muerte? Instantáneamente recordé el informe del hallazgo de los dos húsares emparedados en 1959, que no había revisado por completo, contentándome con las fotografías para identificar los uniformes, cuando había más papeles por leer.

Continué en el archivo municipal, donde tras un atento examen del expediente hallé el documento original que llevaban los húsares. Se trataba de una comunicación secreta, destinada al general Harispe, para que no se retirara de sus posiciones, sino que mantuviese bajo su control el corredor del Vinalopó y la Hoya de Castalla, pues las tropas aliadas anglo-sicilianas iban a embarcar de nuevo en el puerto de Alicante a finales de octubre de 1812, según las informaciones obtenidas por un espía francés dentro de la ciudad de Alicante, noticias que resultaron ser falsas.

Sin embargo, aquellos dos correos imperiales no llegaron a su destino en Ibi, donde tenía su cuartel el general Harispe, según la tradición oral que su abuelo le había contado a mi abuelo, y que mi padre me relató a mí, pues cuando aquella noche llegaron a la Venta de las Cuatro Rosas, a las afue-

ras del pueblo, en el camino real de Madrid a Alicante, los dos soldados sucumbieron a los encantos de dos de las Rosas (una madre viuda, con tres hijas solteras, ayudadas por un hermano de la madre, algo cojo).

Los dos húsares, después de una buena cena con embutido casero, asado en las brasas de la gran cocina de la venta, con un esponjoso pan blanco de trigo, tierno y crujiente, acompañado de buen vino de la tierra, creyeron tener una buena ocasión de disfrutar de la alegre compañía de dos de las jóvenes hermanas que les habían servido la cena, y que les pidieron su ayuda para traer a la venta dos barriles de vino desde su casa en el pueblo, pues ya no quedaba en la bodega.

Sin pensar en el posible peligro o en la importancia de su misión, se dirigieron hacia el cercano pueblo, no por el camino principal, que llevaba a la puerta del mediodía, sino por estrechas sendas entre los minúsculos bancales, más bien pequeñas eras rectangulares, de la huerta del pueblo. Cruzaron el río, no por el puente, sino por un pequeño vado, saltando entre las piedras blancas, bañadas por la luz de la luna, entre cañaverales y bosquecillos de tarays.

Entraron por una pequeña puerta, disimulada en la cerca de un huerto, cruzaron a otros huertos y llegaron al callejón de los Baños, desde donde se dirigieron a la casa de las hermanas, en la calle mayor de arriba o calle Aurora, donde pensaban aprovisionarse del vino que faltaba en la venta.

Ya en la casa, las muchachas, que no parecían tener prisas, invitaron a los soldados a un último vaso de vino. Sentados en la rústica mesa de la cocina, mientras bebían a grandes sorbos el fuerte vino tinto del pueblo, de elevada graduación y buen cuerpo, mientras conversaban alegremente con las hermanas, los dos húsares no advirtieron que la puerta de la despensa, simulada al fondo de la cocina, se abría lentamente, y aparecían dos hombres jóvenes que empuñaban sendas pistolas.

Avanzaron con cautela hacia los dos soldados, que les daban la espalda y continuaban enfrascados en una chispeante conversación con las mujeres, por lo que no advirtieron la presencia de los guerrilleros hasta que fue demasiado tarde para ellos, pues recibieron fuertes culatazos en la cabeza, que los dejaron sin sentido.

Con gran rapidez, los dos hombres arrastraron a los soldados hasta un rincón de la cocina, junto a una gran alacena, alta y profunda, donde con cierta dificultad los pusieron juntos y plantados. De la despensa trajeron dos capazos de yeso y dos docenas de macizos ladrillos cocidos, y con la habilidad característica de los albañiles se pusieron a la faena de levantar una pared de ladrillos, tapando el armario.

Eran los mismos albañiles, también patriotas y guerrilleros sajeños, que esa misma mañana, en el cuartel general del general Delort, en la plaza del Hoyo, habían construido una chimenea bajo sus directrices, quedando grabada la fecha en la campana de la cocina. Inscripción que no fue borrada

por los sucesivos propietarios de la casa para recordar que ese día fue el del emparedamiento de los dos húsares franceses.

HISTORIA DE LUI-CHUAN

SEGÚN CUENTAS VIEJAS crónicas (la que estamos leyendo es de 1922):

> "... hubo una vez un hijo del celeste imperio llamado Lui-Chuan, hombre chato y de pequeña estatura, que abandonó China en su juventud y que iba recorriendo el mundo de feria en feria y de pueblo en pueblo; en el circo se le veía lucir sus habilidades de prestidigitador; producía la admiración del público que aplaudía con entusiasmo sus juegos malabares; era afamado equilibrista y el "pierrot" de las grandes carcajadas.
>
> Era un hombre de cultura nada vulgar, que sabía hablar y escribir cinco idiomas, conocía la geografía y las matemáticas; pero al artista le atraen los aplausos y el arte, así es que aunque bien pudiera ganarse el pan colocado en cualquier casa de comercio, prefería aquella vida errante.
>
> La vida del circo era su encanto y deleite, era su ambiente necesario, lo mismo que el pez necesita vivir en el agua, pues en faltarle el hidrógeno muere, y lo mismo que el aldeano que prefiere la tranquilidad de su aldea al ruido y bullicio de las grandes urbes.

> Amar para ser amado, es todo el bien a que podemos aspirar en este mundo. Lui llegó a España y vio a una valenciana, Pilín; era ésta tan bella como una rosa de abril. Tan candorosa como una blanca paloma. Su benévola mirada y su amable trato inspiraban confianza. Aquel hombre de raza amarilla se dio en pensar que nació de la mujer; creció en sus brazos; y su primer sueño fue soñar con ella. Pilín llegó a ser la esposa de Lui, y a él no le daba rubor confesar que la mujer era su delicia y su ventura, así como un frondoso jardín es el encanto de vuestros ojos...
>
> Lui, para contraer matrimonio, se había bautizado; sin embargo, ni abandonó su pipa ni dejó de cuidar su trenza chinesca..."

Sin embargo, la primera persona a quien le oí hablar del chino que se casó con una mujer del pueblo fue a mi abuela Mariana, quien con sus noventa y dos años bien cumplidos (pues iba con el siglo), conservaba todavía una excelente memoria.

Un atardecer de verano, mientras pasaba las vacaciones en la casa de campo familiar, sentados bajo las frondosas acacias, disfrutando del largo ocaso, después de merendar y con un vaso de café granizado en la mano, la abuela iba engarzando un recuerdo tras otro, mientras intentaba contar a sus nietos cómo había transcurrido su juventud.

Así fue como aquella tarde comentó de pasada que siendo muy niña había conocido a la mujer, ya viuda en la primera década del siglo veinte, que se había casado con un chino, algo tan exótico que no había olvidado la memoria popular en su infancia.

Recordaba que su abuelo le había contado que muchos años atrás, cuarenta por lo menos, en la segunda mitad del siglo diecinueve, una chica de la localidad había contraído matrimonio con un oriental que había llegado al pueblo trabajando como saltimbanqui en un circo.

Según recordaba que le habían contado, el matrimonio fue muy feliz durante muchos años, viajando por toda España y Europa, trabajando en el circo, hasta que en los últimos años del siglo diecinueve murió Lui-Chuan, volviendo la mujer de nuevo a su pueblo, donde siguió viviendo hasta su muerte, bien entrado el siglo veinte, en una pequeña casita, a las afueras del pueblo, gracias a los ahorros conseguidos durante los años de trabajo en el circo.

Tras la confirmación años después, del relato de mi abuela en la crónica publicada en 1922, se acentuó mi interés por averiguar más datos sobre esta curiosa historia y sobre el trasfondo que había en ella. Para ello aproveché la oportunidad que me brindaba uno de los cursos de doctorado en la Universidad sobre historia y cultura oriental, que impartía un afamado sinólogo de la Universidad de París. Pronto comprobé leyendo textos de historia y costumbres sobre China, entre otras muchas curiosidades, que sus acróbatas y equilibristas eran muy famosos en el siglo XIX en todo el mundo.

También de las explicaciones del profesor sobre la historia china, pude entender que a pesar de todo lo ocurrido en ese país durante el último siglo y

medio, no se puede decir que China tuviera un gran retraso desde el punto de vista técnico respecto a muchas de las naciones occidentales a mediados del siglo XIX. Las primeras fábricas de armamento moderno y los nuevos astilleros de construcción de barcos de vapor aparecen allí desde los años 1865-1870. Tampoco se puede decir que fuera radicalmente incapaz de industrializarse puesto que hay empresas chinas de finales del siglo XIX que estuvieron tan bien equipadas como sus homólogas de Gran Bretaña y el complejo siderúrgico de Hanyang se levantó dos años antes que las plantas de producción de acero creadas en 1896 en Yawata por el gobierno japonés. La línea de ferrocarril Pekín-Kalgan que construirá en 1909 el ingeniero chino Zhan Tianyou (1861-1919), con equipos de contramaestres y obreros chinos a un coste muy inferior al de las líneas construidas por las compañías extranjeras, será una auténtica hazaña técnica tanto por las dificultades del terreno como por la rapidez de la ejecución.

A China no le faltaban tampoco las tradiciones científicas que le permitirían asimilar los nuevos adelantos de la ciencia occidental en los siglos XIX y XX, pues es de sobra conocido que muchos inventos, como la pólvora, el papel, la brújula o el papel moneda, proceden de aquel inmenso país.

Si el mundo chino no consiguió entrar en la era industrial en el momento oportuno –retraso que ocasionó su terrible destino a partir de finales del siglo XIX– no fue tanto por una incapacidad básica

como por una conjunción histórica especialmente desfavorable. Tras el período de decadencia y recesión vivido por el imperio de los Qing en la primera mitad del siglo XIX, dos fenómenos concomitantes vinieron a reforzar los obstáculos que implicaban las tradiciones sociales y políticas del mundo chino: la gran crisis interior de los años 1850-1875 y la represión militar y económica de los imperialismos extranjeros. Los privilegios adquiridos en China por los comerciantes occidentales contribuyeron a debilitar su economía; el cerco del imperio por parte de las naciones occidentales, los incidentes provocados por la presencia de los misioneros, las exigencias y los ataques extranjeros provocaron una reacción tradicionalista. El poder central endeble y las divisiones políticas, la debilidad de la agricultura china, la falta dramática de capitales y el carácter esencialmente militar de las nuevas industrias impidieron cualquier reforma de los métodos y prácticas administrativas y limitaron muy gravemente el esfuerzo de modernización. A decir verdad, China careció de la oportunidad y de los medios para adaptarse a las transformaciones de la época.

Las disensiones interiores, los ataques del exterior y la hostilidad de los extranjeros hacia los Taiping a partir de 1862 explican el fracaso de las tentativas de modernización entre los insurgentes.

En cambio, las transacciones de los imperiales con los occidentales vendrían facilitadas a partir de 1861-1862 por la política de cooperación inaugurada por los extranjeros tras las convenciones de

Pekín y la creación de una oficina encargada de las relaciones exteriores, el *Zongli geguo shiwu yamen* –abreviado: *Zongliayamen*– (1861).

En 1872 treinta y dos estudiantes de Shanghai son enviados a Estados Unidos. Entre 1876 y 1877 se envían estudiantes de cadetes de la marina de guerra china a Gran Bretaña, Francia y Alemania.

A partir de estas explicaciones, mi interés se concentró todavía más en la historia de China durante la segunda mitad del siglo XIX, y una pregunta comenzaba a germinar en mi mente: ¿Sería aquel chino de las viejas crónicas y de los recuerdos de la abuela uno de los enviados por el gobierno de China? ¿Tal vez un observador de la vida occidental, un espía disfrazado de titiritero?

Sin embargo, la historia nos cuenta que hasta que hacia 1900 no se desarrollara, juntamente con la implantación de capitales e industrias extranjeras en los puertos abiertos, una burguesía de negocios china, los promotores de los esfuerzos de industrialización fueron funcionarios de formación clásica que encontraron un apoyo muy limitado en el gobierno central y que chocaron, a pesar de su identificación con las concepciones tradicionales del estado y la sociedad, contra una potente corriente de oposición. Obligados por la fuerza de las cosas a una política de conciliación y a entenderse con los extranjeros, estos partidarios de adoptar los métodos y las técnicas de los occidentales fueron el blanco de los patriotas más ardientes para los cuales la defensa de China y de sus tradiciones eran parte de una misma causa.

La concatenación de los hechos históricos basta para explicar su fracaso sin que sea necesario poner en cuestión sus tradiciones políticas, sociales e intelectuales. En otras circunstancias, China habría podido adaptarse a la gran mutación de la era industrial: no le faltaban ni hombres con sentido de la organización ni tradiciones científicas y tecnológicas. El despilfarro y la inconsciencia de la corte, la corrupción, el aferrarse al pasado y la reacción antimodernista era mucho más un producto de las circunstancias que factores inherentes al mundo chino.

Próximo a concluir el curso de doctorado, hice partícipe al célebre sinólogo francés de mi hipótesis sobre la posibilidad de que el chino que figura en la tradición local casado con una mujer del pueblo, hubiese sido en realidad un agente del gobierno chino en misión de observar y descubrir los métodos científicos y técnicos que podrían servir para un mayor desarrollo económico del Celeste Imperio, e informar a los funcionarios y burócratas partidarios de una modernización de la sociedad china, conservando su propia identidad, pero aceptando e imitando los avances técnicos e industriales de los países occidentales.

El profesor me recomendó escribir al Ministerio de Asuntos Exteriores de China, para intentar salir de dudas. Así lo hice, pero la respuesta fue desalentadora, pues en una misiva muy cortés y diplomática, me contestaron que se trataba de información reservada que no podían facilitarme.

Ya había olvidado el asunto del chino, y mi atención se concentraba en otras investigaciones históricas, cuando un día, mientras revisaba el archivo parroquial en busca de información para la comunicación que deseaba presentar en las II Jornadas de Estudios sobre la Población Valenciana sobre la evolución de la nupcialidad en la localidad, encontré la siguiente partida de matrimonio, correspondiente al año 1876:

Matrimonio de JOSÉ MARÍA JESÚS DE SAN HIPÓLITO LÓPEZ
con VIOLANTE SAN BERNABÉ SÁNCHEZ
(Libro 7 de Matrimonios. Folio 82v-83)

"En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de la villa de Sax provincia de Alicante, diócesis de Cartagena, en el día veinte de diciembre del año mil ochocientos setenta y seis, yo, D. José Miñano Alcaraz, cura ecónomo de la misma, previas las tres canónicas moniciones que prescribe el Santo Concilio de Trento, y autorizado por el M.I. Sr. Provisor y Vicario Capitular, sede vacante, cuyo despacho expedido en Murcia por el Notario D. Miguel Gázquez Llopis, que lo refrendó en la Curia Diocesana, llenos todos los demás requisitos canónicos y civiles, que previene el derecho y después que hubieron recibido los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, desposé por palabras de presente que hacen verdadero matrimonio a José María Jesús de San Hipólito López, natural de Pekín, capital del Imperio Chino, de veintiséis años de edad, hijo de padres no conocidos, dedicado a los ejercicios gimnásticos de expectación pública, con Violante

de San Bernabé Sánchez, hija natural de Laureana, natural y feligresa de esta villa y de veintisiete años de edad.

Fueron testigos Francisco de Paula Gil, natural y vecino de ésta y Manuel Alcaraz Luque, natural de Hinojosa, provincia de Córdoba. Y en fe de ello, lo firmé.

Fueron velados el día veintidós de enero de mil ochocientos setenta y siete.

José Miñano Alcaraz".

Tras unos momentos de estupor e incredulidad, una oleada de enorme satisfacción, de intensa alegría, me inundó por completo, pues en mis manos y ante mis ojos estaba el libro que demostraba fehacientemente la verdad de la historia de la vieja crónica y la autenticidad de los recuerdos de mi abuela.

Después de leer detenidamente y varias veces el acta de matrimonio, fechada en 1876, llegué a la conclusión de que era posible que el hombre que llegó a España y Europa en misión oficial de aprendizaje y observación, tal vez ante el descubrimiento del amor en una mujer española, tal vez falto de recursos, medios y deseos de continuar su trabajo, decidió vivir y morir en España.

Tras leer y revisar tantos papeles y documentos en distintos archivos, ¿qué sabía sobre Lui Chuan? Que se había bautizado, que se había cambiado el nombre, que trabajaba en un circo, que se había casado con una española. ¿Pero eran ciertas mis elucubraciones sobre su verdadero papel en Europa? Según la crónica citada, era un hombre inteligente y

culto, que hablaba y escribía cinco idiomas, quien en el mundo de la farándula y el espectáculo había desarrollado su vocación de artista; pero, en mi opinión, también ese mundo errante, cambiando continuamente de ciudad y de país, podía ser el camuflaje perfecto para una persona que deseara observar esos países sin despertar sospechas, como hubiera deseado un agente del gobierno chino, si mi hipótesis fuera correcta.

No tenía modo de confirmarla, pero sí podía comprobar si la esposa era natural de la villa, tal como indicaba la partida de matrimonio. Acudí de nuevo a los libros de bautismos, y tras repasar pacientemente los índices de los libros de la década de 1840, allí estaba lo que buscaba: su acta de bautismo.

> VIOLANTE SAN BERNABÉ, de Laureana Sánchez.
>
> "En la villa de Sax, provincia de Alicante, Obispado de Cartagena, el día treinta y uno de julio de mil ochocientos cuarenta y ocho, yo, D. José Latorre, cura ecónomo de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de ella, bauticé y crismé solemnemente a una niña que nació ayer a las seis de la tarde, y le puse por nombre Violante San Bernabé, hija de Laureana Sánchez, natural de Sax, y de padre no conocido. Abuelos maternos: Juan Antonio Sánchez, natural de Sax, y Agueda M.ª Hernández, natural de Sax. Fueron padrinos Juan Estevan y María Magdalena Chico, casados, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que contrajeron, estos naturales de esta villa. Oficio de los padres: titiriteros, en la calle del Torno. Tes-

tigos: D. Cristóbal Estevan y Pascual Chico, y para que conste lo firmo en dicha villa en el día, mes y año citados.

D. JOSÉ LATORRE".

Seguí revisando durante muchos años archivos y documentación por todos los lugares donde consideré posible encontrar la más pequeña pista, pero no hallé más datos sobre el matrimonio de titiriteros que pudieran confirmar mi hipótesis, pero tampoco lo conocido la desmentía o la invalidaba por completo.

Hasta que un día, al llegar a casa y abrir el buzón de la correspondencia, mezclado entre las cartas de los bancos, con los extractos de las tarjetas de crédito y las promociones de vajillas y cuberterías por ingresar dinero efectivo a plazo fijo, y las cartas de propaganda variadas y folletos de todos los comercios y grandes superficies de la comarca, apareció un sobre color manila, tamaño holandesa, con remite de Pekín y sellado tres semanas atrás.

Abrí el sobre despacio, cuidadosamente, refrenando las ansias por conocer su contenido. Dentro había dos hojas; la primera era una carta, firmada por el director de la sección española del Archivo Histórico Número Uno en Pekín, en la que me comunicaba que ya había expirado el plazo de confidencialidad de parte de los documentos que solicitaba en mi carta de diez años atrás, por lo que me adjuntaba copia de la transcripción (en el sistema "pinyin" de romanización, que Pekín introdujo en 1979) y la traducción del siguiente informe, enviado

por el consulado chino de Manila al antiguo Ministerio de Asuntos Extranjeros, en Pekín, fechado el 21 de enero de 1874:

> "En el día de ayer, 20 de enero de 1874 del calendario occidental, nuestro agente Lui-Chuan, tras dos años de estancia en Filipinas, donde ha perfeccionado en gran medida sus conocimientos de las lenguas española, francesa e inglesa, fue bautizado en la iglesia de San Sebastián, con motivo de la festividad de dicho santo, adoptando el siguiente nombre español: José María Jesús de San Hipólito López, (este último nombre y apellidos en honor al empresario español del espectáculo que apadrinó a nuestro agente) requisito imprescindible para poder enrolarse en el circo que el próximo mes sale hacia España, desde donde continuará gira por Europa. Enviará sus informes secretos, cifrados según la clave prevista, en las cartas que regularmente escribirá a su padre, el mandarín Lui Cheng; y mediante artículos, también cifrados, sobre diversos temas, que enviará a la "Revista de los Tiempos" (Wanguo gongbao), que informa acerca de los sucesos internacionales semanalmente, editada por los misioneros occidentales y destinada a los chinos conversos al cristianismo.
>
> Hong Ying. Cónsul del Celeste Imperio
> en las Islas Filipinas".

Cuando les enseñé la carta y la transcripción del documento a los profesores del departamento de estudios orientales, todos mostraron gran sorpresa y curiosidad, y uno de ellos me sugirió que sin más demora escribiera a los archivos del Museo de Palacio en Taipei, la capital de Taiwan, donde se con-

servaba abundante documentación sobre la historia de los dos últimos siglos en China, que había sido llevada a la isla por los nacionalistas de Chiang Kai-chek a finales de los años cuarenta de este siglo.

Así lo hice, explicando en la carta todo lo que conocía sobre Lui-Chuan y su viaje a España como José María Jesús de San Hipólito López. Pasaron tres meses cuando recibí la siguiente respuesta. Se trata de la copia y traducción del último informe que envió a Pekín Lui-Chuan, y que se conservaba en los archivos de Taipei, destinado a sus superiores del Zongliayamen.

> "Próximo el fin de mis días por la enfermedad que arrastro durante largos años, no encuentro fuerzas para volver a mi amado país, y moriré en esta tierra extranjera, en España, que para mí se ha convertido en mi segunda patria, donde me casé a los pocos meses de desembarcar y empezar mi trabajo como acróbata y titiritero, que me ha servido durante muchos años como inmejorable tapadera para viajar y observar con atención toda Europa, tomando buena nota de todo lo que consideraba que sería de provecho implantar en la querida tierra de mis padres, donde se conservan las cenizas de tantas generaciones de antepasados, y donde mis huesos no podrán reposar junto con los de mis padres, y a la que pesar de la lejanía, no he dejado de ser fiel, incluso en dos pequeños detalles, como fumar la pipa y cuidar mi trenza.
>
> Hoy, veinte años después, a finales de 1895, dudo si tantos años de esfuerzo y sacrificio por el bien de mi patria ha servido de algo, pues no se ha

conseguido la modernización con la que soñaba en mi juventud, y la derrota de China ante Japón en la reciente guerra de 1894-1895 me ha demostrado que las fuerzas conservadoras y reaccionarias que dominan el Palacio han obstaculizado la industrialización necesaria para el desarrollo de China, pues temen que las minas, las vías férreas y las líneas de telégrafo perturben la armonía entre el hombre y la naturaleza.

Además, la corrupción reinante en la corte y en casi todas las administraciones del imperio han terminado por llevar al país a la postración. Hasta este lejano y pequeño país occidental han llegado las noticias del desvío de 36 millones de taels desde la marina de guerra al Palacio de Verano de la emperatriz, que para colmo de la desvergüenza, desfachatez y cinismo, ha adornado con un barco de mármol el lago del palacio, convertido en túmulo funerario de la armada china, mientras nuestros nuevos barcos han sido hundidos por los japoneses porque no tenían pólvora ni municiones, además de la incompetencia de nuestros generales, que querían dirigir las operaciones marítimas como una carga de caballería.

Postrado en el lecho del dolor, bajo los atentos cuidados de mi amada esposa española, siempre atenta a mi lado, con tierna y cariñosa solicitud, tratando de aliviar mis últimos padecimientos, presto a expirar mi último aliento vital, y contemplando en perspectiva mi larga vida en oriente y occidente, manifiesto que no he deseado nunca mal a nadie, que he intentado honrar a mis padres y ser digno de ellos y de mi país, al que he creído servir lo mejor que he sabido, transmitiendo durante tantos años a China lo que aprendía en Europa, tarea

para la que fui seleccionado en mi juventud por mi facilidad para los idiomas y mi esmerada educación en la academia para altos funcionarios de la burocracia imperial.

Voy a morir sin perder la esperanza de que tantos años de trabajo sirvan, sino en el presente, en un futuro que deseo cercano, para que nuestro adorado a la par que atormentado país desarrolle toda su fuerza y vigor y que sus numerosísimos habitantes alcancen la paz y la prosperidad.

LUI-CHUAN".

LA CUEVA DEL TÍO GREGORIO

AQUELLA LUMINOSA Y TRANSPARENTE mañana de mediados de octubre, un fresco viento cortaba el rostro, especialmente a casi 800 metros de altura, en la Sierra de Cabreras, mientras ascendía a buen paso por la umbría de Los Alayos. Era un primer recorrido para evaluar la ruta y sus principales características, requisito obligado para incluirla en la segunda edición de la *Guía de itinerarios sajeños.*

La pedregosa y montaraz senda, producto de la erosión de la roca por la acción combinada del agua y el frío, ascendía casi en línea recta hacia "La cueva del Tío Gregorio". A la altura de la primera de las cuevas, en realidad una pequeña oquedad excavada en las arcillosas paredes del talud, me vino a la mente el recuerdo de la abuela Mariana, quien en sus últimos años, ya nonagenaria, cuando sus fuerzas comenzaban a flaquear y no le alcanzaban para mantener su proverbial vitalidad, aunque todavía su energía y agilidad eran notables, deseaba que la acompañara en las periódicas visitas a la sierra en

busca de plantas con las que prevenirse de las enfermedades mediante aromáticas infusiones medicinales; especialmente recolectaba la manzanilla de monte, pero también se aprovisionaba de romero, tomillo, cantueso, rabo de gato, que combinaba con el hinojo y la flor de malva que recogía junto a la casa de campo.

Mi abuela, como otras muchas personas mayores del pueblo, era muy sentenciosa y dada a los refranes, que concentraban el saber popular en muchas cuestiones, como la meteorología, y allí, en plena Sierra de Cabreras, en todas las ocasiones no podía resistir la tentación de recordarme los refranes más conocidos:

–"Niebla en Cabreras, agua en las eras". E invariablemente continuaba:
–"Cuando Camara se encapota, o llueve mucho o no cae una gota".

Años después, ya en la Facultad de Geografía e Historia, pude comprender el inmenso tesoro que recogen los refranes populares sobre la meteorología local. Entre los más conocidos, y que la abuela siempre recitaba, están los siguientes:

–"En abril aguas mil", con su variante: "cada gota vale por mil".
–"Año de nieves, año de bienes".
–"Cuando marzo mayea, mayo marcea".
–"En septiembre, el que tenga trigo que siembre".
–"Por agua del cielo, no dejes tu riego".
–"Yerno, sol de invierno, sale tarde y calienta poco".

–"Por San Blas, la cigüeña verás; y si no la vieres, año de nieves".

La abuela, cuya lengua materna era la valenciana, solía acabar su retahila de refranes con uno muy conocido:

–"Si la Candelaria plora, l'hivern ja està fora, i si no plora, ni dins ni fora".

Mientras caminaba bajo "Los Alayos", los picachos más escarpados y desnudos de la Sierra de Cabreras, vino a mi memoria su etimología: Cabreras procede del indoeuropeo KAR, "piedra", desde la que ha evolucionado hacia KARBA, con el significado originario de "barranco o precipicio". Como en los montes y en los barrancos abundan las cabras, por asociación etimológica una CARBA, o el colectivo CARBERA, se ha convertido en cabra y cabrera, respectivamente, como ha sucedido en otros muchos montes de España. Así pues, el topónimo "Cabreras" está designando, no la presencia de ese animal, sino precisamente la abundancia de paredes rocosas, picachos, cortados y precipicios que caracterizan la morfología de esta sierra.

El encanto del recorrido se manifiesta en toda su intensidad cuando la senda se adentra por el desfiladero que forman las sierras. En este momento, la vegetación de umbría es realmente exuberante, casi selvática, hasta el punto de que si no existiera esta antigua trocha, sería muy dificultoso caminar por el paraje.

Las plantas que crecen entre los pinos son muy

variadas, y casi todas las especies del monte mediterráneo se dan cita en esta umbría. Hay coscoja, brezo, sabina, y todas aquellas especies que necesitan un cierto grado de humedad. Conforme avanzo por este pasadizo de cubierta vegetal, distingo cada vez mejor, primero el Peñón de la Moneda y, luego, la mole rocosa, impresionante, del Peñón de Cabreras, donde se sitúa el vértice geodésico.

A medio camino, a la izquierda, encontramos una primera cueva, más reducida, y luego la llamada del "Tío Gregorio", con varias habitaciones en su interior, que nos hablan de su factura humana y de su habitabilidad en épocas pasadas. Frente a la entrada se hallan los restos de un antiguo aljibe de arrastre, que ha perdido el brocal.

Hay que destacar también que la cueva está en la actualidad abandonada, pero que fue un lugar habitado de manera continua en otros tiempos. La prueba más evidente es que en sus inmediaciones podemos observar fosilizados los restos de una agricultura de subsistencia, como bien trabajados ribazos de piedra y pequeños bancales, alargados y estrechos, arrancados tras muchos años de esfuerzo a la ladera de la montaña, donde todavía perviven centenarias higueras y añosos y retorcidos olivos, casi salvajes, en medio de los pinos y los romeros.

Por el otro lado de "Los Alayos" se alzan algunos de los peñones y rampas más espectaculares e interesantes, sobre todo para los alpinistas. Pero también es un lugar idóneo para las aves rapaces de gran tamaño, por lo que es necesario encontrar una

fórmula para que el alpinismo no interfiera en la cría y reproducción de tan raras aves en nuestra comarca.

Pasada "La Cueva del Tío Gregorio", la senda continuaba hasta desembocar en un paraje conocido por "La Tejera". Este topónimo hace referencia a un lugar donde se fabrican tejas y ladrillos, cuya materia prima es la arcilla, muy abundante en este sector de la sierra de Cabreras.

* * *

Sentado en el interior de la cueva, fresca en verano y caliente en invierno, viene a mi memoria el recuerdo de la abuela Mariana, pues cuando en aquellas periódicas excursiones pasábamos cerca de "La cueva del Tío Gregorio", siempre me contaba la historia que había escuchado de labios de su abuelo:

> "Esta cueva ha tenido muchos dueños –me decía la abuela–, y no se sabe quien la construyó. El nombre que tiene en la actualidad se debe a la última persona que la habitó, y que murió en ella. Fue necesario ensanchar a toda prisa, en una mañana y con azadas, la antigua senda, para que un pequeño carro pudiera bajar hasta el pueblo el ataúd con el cuerpo del Tío Gregorio".

Yo no acababa de creerme las historias que me relataba la abuela, y las consideraba tan fantásticas y carentes de credibilidad como las que contaban que la cueva había sido excavada por un huido de la justicia siglos atrás, y que era alimentado secretamente por un pastor.

Sin embargo, meses después, mientras realizaba una investigación sobre la evolución de la mortalidad en Sax, encontré la siguiente partida de defunción en el Archivo Parroquial de Sax:

> "Gregorio Ortín Lara, de Sax, de 72 años, hijo de Diego Ortín, de Sax, y de Isabel Lara, de Sax, viudo de Rosa Ganga Barceló. Falleció a las siete de la noche del día 11 de febrero de 1924 en la cueva de la Tejera, a consecuencia de bronconeumonía, habiendo recibido el Santo Sacramento de la Extremaunción, administrado por el Sr. Coadjutor. Se le hicieron los funerales y la Misa exequial, conforme a lo dispuesto en el entierro de 5.ª clase".

Pude comprobar, una vez más, que la leyenda tenía un poso de verdad, pues había existido un hombre llamado Gregorio y que había vivido en la cueva. Atento a partir de entonces a todo lo que pudiera leer o investigar sobre la Sierra de Cabreras, leí con curiosidad las siguientes líneas de un artículo titulado "Bandas armadas comarcanas": "... Deambulaban por todas partes, por los montes, las sierras y lugares del contorno...", por lo que a partir de ese momento presté mayor atención y miramiento a todo lo relacionado con bandoleros y malhechores.

A los pocos meses, y mientras investigaba en el archivo municipal sobre otro asunto de historia local, llegó a mis manos un grueso expediente sobre multas y denuncias, donde me pareció leer de refilón el nombre de Cabreras. Espoleado por la

curiosidad, seguí leyendo ávidamente las amarillentas hojas del legajo sobre infracciones del orden público, encontrando la siguiente declaración sobre un robo:

> "Ahora que son las tres de la tarde, se me ha presentado una criada y un criado de Bárbara Cañas, moradores en el partido de la Solana de Cabreras de esta jurisdicción, a dar parte de como ayer, media hora antes de ponerse el sol, llegaron a la casa de campo de su ama, dos hombres que dijeron hallarse indispuesto uno de ellos, y dieron tiempo a que volvieran dos muleros de labrar, mientras tanto llegaron otros dos componentes de los mismos, y apenas tuvieron dentro a los muleros, los encerraron en un cuarto, como igualmente en otro a dicha Bárbara y su criada; la hicieron el pedido de veinte mil reales amenazándola para que los sacara con armas de fuego y blanca, con la cual la pincharon e hirieron algún tanto en el cuello, mas como la paciente no tenía dinero, se ocuparon luego en registrar todas las arcas y rincones, y por último a la madrugada se salieron llevándose la ropa que les acomodó y el resto del cerdo que tenía para el consumo de la casa; añadiendo dicha criada que le pareció ser uno de ellos otro de los que por allí estuvieron y bebieron vino en la misma por los días del sitio de la plaza de Alicante.
>
> Señas: el uno de talla baja, bastante grueso, con patillas, sombrero calañés, manta a cuadros negros y azules, chaqueta negra, calzoncillos y alpargatas; el otro con manta morellana, poca patilla, alto, moreno, con chaqueta y calzoncillos y sombrero calañés. Y el otro con gorro catalán verde y manta blanca.

Efectos robados: cinco sábanas, dos toallas, dos cobertores, uno de color de lana, y el otro blanco de algodón; dos almohadas o cabeceras, un pernil, una porción de tocino, blancos y longanizas y la sal que contenía el pernil".

Seguí leyendo los informes con el esbozo de una irónica sonrisa en los labios por lo detallado del relato del robo en la despensa, aunque no hallé nada más sobre Cabreras.

* * *

Salí de "La cueva del Tío Gregorio" y me dirigí hacia la vereda de Tramasierras en busca de la zona de los "calderones". Se trata de huecos en la roca, producto de la unión de lapiaces, manifestaciones del modelado kárstico tan abundante en las montañas de Sax por su alto contenido en calizas y yesos. En ocasiones las superficies de lapiaces, junto con la aparición de grietas hacia el interior del relieve ha dado lugar a la formación de alguna pequeña gruta o sima.

Pensaba describir el conjunto de "calderones" para incluirlo en la ruta por la Sierra de Cabreras. Junto a ellos encontré una pequeña sima, semienterrada. Al acercarme hasta su borde, para intentar calcular su profundidad y anchura, unas manchas oscuras sobre la roca atrajeron mi atención. El interés se acentuó al comprobar que se trataba de palabras grabadas con un cuchillo o navaja en la blanda roca caliza. Con gran sorpresa y emoción conseguí leer, tras una rápida limpieza de la tierra adherida a la peña, la siguiente inscripción:

> "Sax, julio 12 del 1706, los vecinos de la villa de Sax se refugiaron en la Sierra de Cabreras ante el ataque de las tropas imperiales, que saquearon y quemaron la población y su término".

La fecha grabada sirvió de espoleta a mi memoria para recordar lo que había leído y estudiado sobre la Guerra de Sucesión, cuando Sax fue asaltada y saqueada dos veces, una de ellas el 12 de julio de 1706. Copié cuidadosamente la inscripción y al día siguiente la contrasté con las actas de los cabildos del concejo de Sax en esa fecha, en las que se relataba el segundo asalto a Sax, cuando todos los habitantes, con lo que pudieron llevar, en especial alimentos y ropas, corrieron a las alturas del término, excepto catorce personas que debido a sus años no podían subir a los riscos; con ellas quedaron un alcalde, dos regidores y dos sacerdotes. Este reducido grupo buscó asilo en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción:

> "... y escogieron por mejor partido el abandonar sus casas, sacando las familias por los montes, clamando mujeres y niños, pidiendo al cielo clemencia les sacase a puerto de seguridad, y sólo quedó en esta villa catorce personas, un alcalde y dos regidores y dos sacerdotes todos ancianos y amparados de la iglesia...".

EL ESCUDO DE LA CASA DE LA INQUISICIÓN

COMO TODOS LOS LUNES, a las siete y media de la mañana, el despertador sonó impertinente en la tranquilidad de la habitación y rescató del profundo sueño a Ana, que rápidamente se levantó de la cama, pues no tenía tiempo que perder si quería estar a las 8'10 sentada en su pupitre del aula de 3.º de B.U.P.

Ana era una chica con 17 años recién cumplidos (el pasado febrero), morena, delgada y fibrosa, de carácter alegre y amigable. Después de ducharse con rapidez, de forma casi automática, en el cuarto de baño, bajó a la cocina y se preparó un zumo de naranja y dos tostadas con mantequilla, que se comió apresuradamente mientras preparaba su carpeta y los libros que necesitaba esa mañana.

Ana vivía en la plaza más céntrica del pueblo y debía dirigirse al Instituto, que se encontraba en las afueras, por lo que a buen paso tardaba casi diez minutos en llegar. Cuando cerraba la puerta de su casa, las campanas de la cercana Iglesia señalaban las ocho de la mañana de un día, que se adivinaba

casi primaveral, de mediados de marzo, pero un penetrante y frío viento curtía sus mejillas y acababa de despejarla.

Había caminado una tercera parte de su recorrido cuando oyó que la llamaban. Ana se detuvo, pues reconocía la voz. Era de su prima Isabel, que bajaba de las calles altas y con quien solía juntarse muchas mañanas en la plaza, camino del Instituto. Mientras Isabel se acercaba rápidamente, Ana contemplaba la fachada renancentista de la Iglesia. Estaba situada en un lateral del templo, que daba a la plaza del Ayuntamiento y donde desembocaba la calle Mayor, que ahora debía recorrer en sentido inverso, hasta su comienzo en el puente que cruzaba el riachuelo que contorneaba la imponente peña sobre la que destacaba la poderosa presencia de un viejo castillo medieval, restaurado en los últimos años. A la solana de la peña, protegido de los fríos vientos del norte, había surgido el primitivo núcleo de población en época árabe, y que en los últimos decenios había experimentado un gran desarrollo urbanístico, hasta salirse de la protección del gran espolón rocoso.

Tras un afectuoso –¡Buenos días!–, y una expresiva sonrisa de complicidad, las dos primas apresuraron sus pasos hacia el Instituto. Isabel era una chica que solía atraer las miradas de los hombres donde estuviese. Era rubia, con el pelo rizado desde siempre, los ojos color miel y un tono de piel moreno, que hacía más cálida su esbelta figura de mujer deportista, con un buen desarrollo muscular.

Las dos chicas eran compañeras de curso, casi de la misma edad (apenas cuatro meses mayor Ana) y amigas desde su niñez. Mientras caminaban, iban conversando y recordando las anécdotas del pasado fin de semana. Ninguna tenía novio, aunque sí muchos amigos. Ambas salían con una pandilla de chicos y chicas entre los que ya comenzaban a formarse algunas incipientes parejas.

Cuando pasaban por la calle Mayor, ambas primas dirigieron una mirada inconsciente al escudo heráldico de la Casa de la Inquisición, como si una llamada interior las llevara a prestar atención a la piedra labrada.

Unas fuertes rachas de viento les indicaron que habían perdido la protección de la peña y que ya estaban casi en la puerta del Instituto. Aceleraron el paso y cruzaron el puente sobre el río. En dos rápidas zancadas se colocaron ante las escaleras de entrada del edificio docente. Por suerte su clase estaba situada en la planta baja, por lo que en un momento estuvieron sentadas junto a la ventana del aula, en su lugar de costumbre.

La clase era rectangular, con dos ventanas que daban a la calle y, mirando el trasiego diario de personas y vehículos, en ocasiones perdían los alumnos la atención de los profesores, quienes tenían su mesa sobre una pequeña tarima desde la que observaban aquella veintena de chicos y chicas en una edad difícil, considerándose el centro del universo y creyéndose olvidados, abandonados e incomprendidos por todo el mundo, en especial por sus padres.

Desde su asiento, Ana contemplaba a través de la ventana la estación del ferrocarril, que se dibujaba frente a ella y recordaba lo que su abuelo paterno Vicente le había contado sobre su inauguración hacía ya muchos años, mientras le entregaba un viejo recorte de periódico, de color amarillento, muy gastado, doblado en cuatro partes, que narraba este acontecimiento, fundamental para el desarrollo económico de la población.

La entrada en el aula de Angela, la profesora de Historia, rescató de sus ensimismados recuerdos a Ana, que se dispuso a prestar atención a la clase que comenzaba en ese momento. Angela era joven, pues todavía no llegaba a la treintena, por lo que Ana se sentía bastante próxima a la profesora en muchos aspectos. Era una mujer morena, sonriente y jovial, de buen carácter, que sabía atraer la atención de los alumnos con sus entretenidas clases.

Al finalizar la clase, Ángela les comunicó que la Asociación de Padres de Alumnos del Instituto, en un intento de crear una atmósfera cultural y educativa, había convocado un Concurso de Investigación dirigido a todos los alumnos del centro, por lo que les rogaba que participase el mayor número posible de alumnos de 3.º y que eligiesen bien sus temas y desarrollasen un buen trabajo, pues los de C.O.U. estaban dispuestos a acaparar todos los premios. Y con estas palabras finalizó la clase de Historia.

Tras un intervalo de cinco minutos comenzó la siguiente, Plástica. Ana pasó casi toda la hora intentando dar forma al proyecto que les había plantea-

do Antonio, el profesor de Artes Plásticas, pero su cabeza estaba más interesada en la noticia que les había contado Ángela, sobre la posibilidad de participar en el concurso con un trabajo sobre la historia local. Durante el próximo recreo comentaría con su prima Isabel la posibilidad de participar juntas en el concurso, buscando la ayuda de algún compañero para trabajar en equipo.

Una vez que Miguel, un compañero de clase, aceptó participar con ellas en el concurso de investigación histórica, debatieron entre los tres el tema a desarrollar, mientras tomaban un cortado en la cantina del Instituto. Era Miguel un joven alto, de cabellos ensortijados, de cara pálida y pecosa, muy aficionado a los deportes, en especial al baloncesto y a la bicicleta, también con 17 años.

Al comenzar la reunión, Isabel propone estudiar el castillo, pero les parece un tema demasiado conocido, que ya ha sido estudiado en años anteriores por otros alumnos, y cabe la posibilidad de que algún otro grupo de la clase también lo elija. Esto es lo que escribieron sobre el castillo los premiados en la anterior edición del concurso, según la copia que les ha prestado la profesora.

Una vez leído el documentado estudio sobre el castillo, los tres muchachos estaban indecisos.

–¿Por qué no investigamos sobre la Iglesia Parroquial? –dijo Ana–. El año pasado nadie escribió sobre este monumento, y sobre el castillo no creo que encontremos mucha más información.

–Tienes razón en lo del castillo –apostilló Isabel,

pero dos cursos atrás presentaron un trabajo sobre la Iglesia.

–¿Estás segura? –dijo Miguel–. No lo recuerdo.

–¡Claro! –contestó Isabel–. Lo he visto en la Biblioteca.

–¿En qué Biblioteca? –preguntó Miguel–. ¿En la pública?

–No, en la Biblioteca del centro –contestó Isabel.

–Pues vamos a comprobarlo –sugirió Ana.

Dejaron las tazas sobre el mostrador de la cantina y se dirigieron a la primera planta, donde estaba ubicada la pequeña Biblioteca del Instituto. Allí, en un archivador de cartón, un rótulo decía: "Trabajos presentados al Concurso de Investigación sobre Historia Local. Curso 1993/ 1994". Tenía razón Isabel. Se trataba de un pequeño trabajo sobre la Iglesia Parroquial.

Los tres compañeros, una vez leídos los documentados estudios realizados por compañeros de cursos anteriores quedaron unos instantes en silencio, un poco preocupados por la posibilidad de superar el listón que habían dejado los estudiantes de años atrás.

–¿Por qué no investigamos sobre algo que tenemos delante de nuestros ojos cada vez que pasamos por la calle Mayor? –preguntó Ana–. ¿Por qué no estudiamos el escudo de la "Casa de la Inquisición"? He oído comentar a mis padres que esa casa tiene una historia muy curiosa.

–¿Vamos a ser capaces de encontrar documentación sobre esa casa? –preguntó Miguel.

–Quizá encontremos menos que de los anteriores monumentos –sugirió Isabel.

–Pero tenemos la ventaja de que pasamos delante de la casa todas las mañanas camino del Instituto y que no ha sido estudiada nunca. Creo que debemos intentarlo –apuntó Ana.

–¿Y con qué plan de trabajo empezamos a investigar? –quiso saber Isabel.

–Lo primero de todo reunir documentación, y si no encontramos suficiente, tal vez haya que pensar en otro tema –dijo Miguel.

–Pero, ¿sobre qué buscamos datos? –inquirió Isabel.

–Pues sobre la Inquisición, que es como se llama popularmente la casa –respondió Ana.

–¿La Inquisición no eran unos frailes que quemaban a los herejes? –preguntó irónicamente Isabel.

–Es mucho más que eso –contestó Ana–. Además, no creo que en nuestro pueblo quemasen a nadie.

–Lo primero de todo es acudir a la Biblioteca Municipal y consultar documentación sobre la Inquisición–dijo Miguel.

–Tienes razón –apostilló Ana–, pero antes debemos observar bien la Casa de la Inquisición y el escudo que hay en ella, para intentar obtener alguna información complementaria antes de iniciar el trabajo.

A las dos de la tarde, cuando acabaron las clases y salieron del Instituto, los tres compañeros apresuraron los pasos camino de la calle Mayor, para dete-

nerse en el número 29, frente a la casa de la Comparsa de Caballeros de Cardona, y observar atentamente la fachada de la Casa de la Inquisición. Se trataba de un edificio de planta rectangular, que hacía esquina con una calle lateral, con planta baja y dos alturas, el segundo piso con las ventanas más pequeñas que en el primero. En el extremo derecho de la fachada estaba el escudo que querían analizar. En el extremo izquierdo, en un sillar junto a la esquina de la casa, se hallaba la siguiente inscripción: "Vive Jesús. 1776". Miguel, muy aficionado a la fotografía, previsoramente llevaba su cámara fotográfica Polaroid en la mochila, tomó una instantánea del escudo, por si les era necesaria en sus próximas investigaciones.

Esa tarde, a las siete, los tres compañeros se reunieron en la Biblioteca Municipal para averiguar todo lo que pudieran sobre la Inquisición. En primer lugar buscaron en la Enciclopedia Larousse, donde encontraron la siguiente explicación, dentro del apartado de historia religiosa: "Tribunal permanente, distinto del ordinario, presidido por un obispo, que estaba encargado por el papado de la lucha contra la herejía".

–Pásate la parte enciclopédica y ve directamente a la Inquisición española –sugirió Isabel.

–Tienes razón –contestó Ana, que leía el volumen–. Este apartado es el que más nos interesa:

... La Inquisición, llamada también "Santo Oficio", recibió desde el reinado de los Reyes Católicos la organización que, con ligeras modificaciones,

había de conservar en sus tres siglos largos de existencia. Era un tribunal eclesiástico que dependía nominalmente de la Santa Sede, pero en realidad del rey de España, por concesión y delegación suya. Esta circunstancia no autoriza a considerarlo como un tribunal político o mixto, pues no hay que olvidar que los reyes se consideraban protectores de la Iglesia y tenían extensas atribuciones (regalías) en materia de disciplina eclesiástica. El hecho de que a veces se sirvieran de la Inquisición con fines políticos, por ejemplo en el asunto de Antonio Pérez, no altera el carácter eclesiástico de dicho tribunal.

... Cada tribunal constaba de varios inquisidores, un fiscal y los subalternos necesarios. Contaba con el asesoramiento de teólogos, llamados "calificadores", y con un crecido número de agentes seculares, llamados "familiares", que eran como la policía del Santo Oficio. El cargo de familiar tenía varias ventajas: estaba exento de la jurisdicción ordinaria y probaba la "limpieza de sangre" del que lo ostentaba, por lo cual era un cargo solicitado; hubo que dar reiteradas órdenes de limitar su número."

–¿Has visto el escudo de la Inquisición que ilustra este artículo? –dijo Ana.

–Sí –contestó Miguel–. Se trata de una cruz latina con una rama de olivo a la derecha y una espada con la punta hacia arriba a la izquierda.

–¿Os habéis fijado que en el escudo de la calle Mayor también hay una cruz parecida a la cruz de la Inquisición? –apuntó Isabel.

–Tienes razón –dijo Miguel–. Veamos si en los

libros de Historia de España aparece algún escudo de la Inquisición con más detalle.

Los tres compañeros se dirigieron a la sección de Geografía e Historia de la biblioteca y, después de consultar varios volúmenes, se decidieron por el tomo XXVI de la Historia de España de Menéndez Pidal. En él encontraron varios ejemplos de escudos de la Inquisición, bien en veneras grabadas con el mismo o reproducciones de su emblema, que les reafirmaron en su convencimiento de que la cruz que se intuía en el escudo de la calle Mayor era una cruz como la de la Inquisición, pero sin la rama de olivo ni la espada. Hojeando las páginas del libro llegaron a un capítulo sobre la "Sociología de la Inquisición. Familiares" donde leyeron con mucha atención los siguientes párrafos:

> "Importancia especial hay que asignar a los «familiares» del Santo Oficio. Su número y su significación económica y profesional hacían de este conjunto un elemento fundamental en el entramado social de la época y el principal defensor de las estructuras que posibilitaban la supervivencia de la Inquisición".

–¿Dónde podemos encontrar más datos sobre la Inquisición? –inquirió Ana.

–Vamos a preguntar a don Francisco –dijo Isabel.

Era el bibliotecario un hombre maduro próximo a la jubilación, de estatura mediana y complexión robusta, pero con un rostro amistoso y afable, que invitaba a la confidencia, y cuyos escasos cabellos plateados le conferían una aureola de respetabili-

dad. Cuando supo que deseaban obtener más información sobre la Inquisición, los dirigió a la sección de Religión, donde les enseñó un grueso tomo, titulado "Introducción a la Inquisición Española", en cuya página 366 encontraron las disposiciones reales tocantes a los Familiares y Ministros del Santo Oficio y donde averiguaron que en pueblos de hasta quinientos vecinos, como era el suyo en el siglo XVIII, podían tener hasta cuatro Familiares.

De nuevo se dirigieron en busca del bibliotecario para que les orientara sobre posibles libros de heráldica en que apareciera algún escudo parecido al de la calle Mayor. Don Francisco les explicó que no existía ningún libro sobre heráldica local, pero les mostró dónde se encontraban algunos volúmenes sobre esta materia, instándoles a obtener más pistas sobre el motivo de su curiosidad.

Entre los libros que estuvieron hojeando se encontraba uno sobre los escudos de Noya, y en él aparecía un escudo heráldico con una cruz similar al del escudo de la calle Mayor. Este escudo se encuentra en el lugar de Barro, en la casa llamada del Inquisidor, y tiene como emblema de familiar del Santo Oficio la cruz, que ocupa todo el escudo, al que le faltan la palma y la espada que suelen acompañarla, indicando que en ese edificio vivió un inquisidor.

Isabel, que llevaba un rato callada, leyendo con mucha atención todos los libros, exclamó de pronto:

–¡Yo tengo en casa un documento relacionado con la Inquisición! Bueno, lo tiene mi padre, que lo heredó de su abuelo.

–¡Vamos a verlo! –dijo Miguel, mientras ordenaba los folios donde habían tomado notas.

Cuando llegaron a casa de Isabel, su padre se encontraba en su despacho, y les ayudó a leer la siguiente inscripción:

> "Los inquisidores apostólicos contra la herejía en los Obispados de Cartagena y Orihuela, arcedanía de Alcaraz, abadía de Horan y su partido, por cuanto en la villa de Sax, del distrito de esta Inquisición suceden negocios tocantes a este Santo Oficio que no se pueden expedir en él, si no es con muchas costas de las partes y fisco real de su Majestad y por estos justos respectos conviene nombrar persona, por tanto confiando de las personas y recta conciencia de vos licenciado Laureano Ortín, presbítero de la dicha villa de Sax y que concurren en vos las partes de limpieza necesarias y que bien y fielmente habéis lo cual por nos os fuere cometido. Por el tenor de la presente os creamos, nombramos y disponemos Comisario de este Santo Oficio en la dicha villa de Sax...
>
> ... En testimonio de lo cual mandamos dar y dimos la presente firmada de nuestros nombres sellada con el sello de este Santo Oficio y refrendada de uno de los secretarios de él, dada en el Santo Oficio de la Inquisición de esta ciudad de Murcia a siete días del mes de Mayo de mil seiscientos noventa y dos".

Una vez acabada de leer el pergamino, que se encontraba enmarcado en un cuadro y protegido por un cristal, los tres muchachos casi estaban convencidos de que el escudo pertenecía a un miembro

de la Inquisición, bien fuera familiar o comisario, pues este documento certificaba que en Sax habían existido Comisarios del Santo Oficio y ¿quién sabe si hasta una Casa de la Inquisición?

Cuando salieron de la casa de Isabel, los tres compañeros se dirigieron a una céntrica cafetería para cambiar impresiones. Mientras tomaban un aromático café, durante unos minutos estuvieron en silencio, pensando en todo lo que habían visto y leído esa tarde y en los pasos que deberían seguir.

–¿Por qué no intentamos averiguar a quien pertenecía en el pasado la casa de la calle Mayor? –dijo Isabel.

–Es una buena idea –contestó Miguel–, pero, ¿cómo lo hacemos?

–Pues consultando el Archivo Histórico Municipal –dijo Ana.

–Es verdad –prosiguió Isabel–. Pero el Archivo tiene horario de mañana, y nosotros tenemos clase en el Instituto.

–Mañana aprovecharemos el recreo y la hora de estudio en la Biblioteca del Instituto para ir a investigar en el Archivo Histórico –contestó Ana.

Al día siguiente, a las once y cuarto de la mañana se encontraban en la puerta del Archivo, situado en la planta baja del Ayuntamiento, un hermoso edificio frente a la Iglesia.

Ana María, la archivera municipal, les recibió en la puerta y escuchó con atención las explicaciones de los tres muchachos. A continuación buscó rápidamente en los ficheros, encontrando al poco tiem-

po la referencia deseada. De una alta estantería llena de archivadores de cartón extrajo uno de ellos y lo llevó a la zona de estudio, donde una amplia mesa con media docena de sillas a su alrededor, cerca de su despacho, permitía a los investigadores trabajar con tranquilidad.

La archivera les explicó lo que debían buscar. En un primer momento había pensado mostrarles los padrones de habitantes de finales del siglo pasado y primeros años del actual, donde se encontraban registrados todos los moradores de la villa, calle por calle y casa por casa, indicando el nombre y número de personas que habitaban en cada vivienda. Pero como lo que buscaban eran datos sobre una casa más antigua, había pensado que investigaran en un catastro de 1830, donde se hallaban reflejadas todas las posesiones de los cabezas de familia, tanto urbanas como rústicas, con su valor en reales y la renta que les producía, para ver la cantidad que debían pagar en los repartimientos municipales.

Los tres estudiantes comenzaron a leer atentamente el gran tomo, con más de quinientas páginas, donde estaba registrado el catastro de 1830. El volumen estaba ordenado alfabéticamente por el nombre propio de los habitantes, no por sus apellidos, como se realiza en la actualidad, ni por calles, como estaba en los padrones, según les había explicado Ana María.

Los jóvenes iban leyendo los epígrafes de cada persona, y en las primeras líneas se encontraban los datos de las posesiones urbanas, que eran las que les

interesaban, deteniéndose especialmente en todas las casas de la calle Mayor. Cuando ya llevaban más de medio libro repasado y se iba haciendo la hora de volver al Instituto, todavía no habían encontrado nada interesante. Pero al llegar a las páginas dedicadas a D. Joaquín Torreblanca leyeron lo siguiente:

D. JOAQUÍN TORREBLANCA	Capital Reales Mds.	Renta Reales Mds.
Primte. Una Casa de habitación calle Mayor que linda con D.ª Juan Sánchez, valorada en	500	25
Item Otra Casa calle de Santa Lucía que linda con Antonio Martínez y Francisco Bernabé, en	400	20
Item Otra Casa calle de la Virgen que linda con D. Gaspar Marco y Antonio Baylén en	600	30
Item Otra Casa Plaza de la Iglesia que linda con la del Ayuntamiento y calle Mayor en	900	45
Item Otra Casa calle Mayor que linda con dos calles y Lucía Amorós valorada en	900	45
Item Otra Casa llamada de la Maltesa que linda con Pedro Herrero y este interesado y se halla en la calle Mayor, en valor de	900	45

La relación seguía con las propiedades de otras casas, corrales y bodegas del terrateniente, antes de pasar a los terrenos de regadío y secano por todo el término municipal. Pero ya Miguel señalaba con el dedo la línea donde se mencionaba la casa de la Maltesa.

–¿Cómo es la cruz de Malta? –inquirió Miguel, dirigiéndose a Ana María.

–Es una cruz patada y hendida en sus flancos, con ocho puntas, respondió Ana María, que era diplomada en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria.

–Pues es la misma que la del escudo –corroboró Miguel, que tenía la fotografía en la mano.

–Entonces, la casa de la Maltesa es la Casa de la Inquisición –afirmó Isabel.

–Así parece –contestó Ana–, y nos ha proporcionado una pista muy importante: su propietario en 1830 era D. Joaquín Torreblanca.

–Pero, ¿quién era este Torreblanca? –preguntó Miguel.

–Un gran propietario rural de mediados del siglo XIX –les aclaró la archivera–. En muchas ocasiones me ha aparecido este nombre al consultar la documentación de esa época.

–¿Qué podemos hacer a continuación? –quiso saber Isabel.

–Debemos volver a la Biblioteca Municipal para estudiar la bibliografía local, e intentar averiguar más datos sobre este Joaquín Torreblanca y sus antepasados –contestó Ana.

–Tienes razón, dijo Miguel –pero antes deberíamos saber más sobre la cruz de Malta.

–La cruz de Malta es el símbolo de la Orden de San Juan de Jerusalén, orden religiosa y militar fundada en el siglo XI y que rápidamente se expandió por todo Occidente. En la actualidad goza de soberanía, aunque no tiene territorialidad, con personalidad internacional reconocida y su sede se encuentra en Roma –les explicó Ana María–. Volved dentro de unos días y os dejaré algunos libros que tengo en casa sobre la Orden de Malta.

Los jóvenes se despidieron de la archivera, prometiéndole volver a los pocos días. Mientras camina-

ban apresuradamente hacia el Instituto, Isabel hizo la siguiente observación:

–¿Os habéis fijado que la línea que hablaba de la Casa de la Maltesa tenía al margen una cruz hecha con lápiz rojo y que en ninguna otra de las páginas que hemos visto del libro aparece una señal como esa?

–No me he percatado –reconoció Miguel–. Pero es raro que precisamente esa misma casa haya despertado la curiosidad de alguna persona en el pasado.

–Quién sabe si la casa de la Inquisición no es la primera vez que ha atraído el interés de alguien –dijo pensativamente Ana, mientras subían las escaleras del Instituto y entraban en su clase.

Esa tarde, a las cuatro y media, los tres amigos se reunieron de nuevo en la cafetería de costumbre. Era un amplio local, climatizado, con decoración de estilo orientalizante. Miguel se encontraba hojeando el periódico cuando llegaron Ana e Isabel. Delante de un humeante y aromático café, Isabel, siempre incisiva y sin querer perder el tiempo, preguntó:

–¿Por dónde seguimos ahora?

–Creo que debemos ir de nuevo a la Biblioteca e investigar en la bibliografía local –contestó Miguel.

–Pero si nos dijo el bibliotecario que no había libros sobre ese tema –apostilló Isabel.

–Estás equivocada –repuso Miguel–, dijo que no existían libros sobre heráldica local, pero seguro que los hay sobre historia local.

–Tienes razón –dijo Ana–, debemos averiguar todo lo posible sobre los Torreblanca, pues es la única pista que tenemos.

–Pues, ¿a qué esperamos? –dijo Isabel, dejando la taza vacía en la mesa y comenzando a levantarse de la mesa mientras recogía su carpeta.

Una vez en la Biblioteca, de nuevo siguieron los consejos del amable bibliotecario, que les orientó con las obras de los autores locales. En primer lugar les hizo repasar los libros de historia y recuerdos escritos en el primer tercio del siglo XX por Francisco Juan y Marco.

En uno de ellos, titulado "De mi archivo", publicado hacia 1920, encontraron la siguiente referencia al apellido Torreblanca en las páginas cuarenta y seis y cuarenta y siete:

> "Torreblanca: (Sax). Los de este apellido, descendían de Aragón, y se cruzaron entre otras familias ilustres, con las de Urroz o Vrrox y Gurrea.
>
> Don José Torreblanca y Chico, fue Regidor perpetuo según consta en las actas del Concejo de 11 de Enero de 1778, en la villa de Sax; y Don Juan de Torreblanca y Torreblanca, en el año 1772.
>
> El único representante de esta familia, por línea de varón, es Don Joaquín Torreblanca Puche. Usan por Armas: un escudo compuesto de dos torres cuadradas blancas, en fondo o campo color sangre de toro, en cada una de ellas una puerta, y a sus lados una ventana, tanto a la izquierda como a la derecha, de modo que se vea el interior, y en el piso 1.º tres ventanas cuadradas; en el centro del escudo y entre las dos torres, la cruz de la Orden

de Calatrava, y encima de cada una de las torres, en el piso superior, flotando al viento, una bandera del reino de Aragón. También usaron otras Armas, acrecentadas y añadidas por el cruce o enlace con otros apellidos".

–¡Éste puede ser nuestro escudo! –exclamó Miguel.

–¿Cómo es la cruz de Calatrava? –quiso saber Ana.

–Veamos el diccionario heráldico –repuso Isabel, mientras se dirigía a la estantería de las obras de consulta.

En la página cuarenta y dos venía la siguiente definición:

"Calatrava, Cruz de.- Roja, flordelisada de trazos iguales muy abiertos".

–Entonces, ésta no es la cruz del escudo de la calle Mayor, pues ya vimos que era la cruz de Malta –dijo Isabel con la voz preocupada.

–Sin embargo, si no fuese por el nombre de la cruz, esta descripción parece coincidir con la del escudo de la calle Mayor –repuso Miguel.

Don Francisco, que acudía en ese momento con nuevos libros sobre historia local, y que alcanzó a oír las últimas palabras, les aconsejó seguir buscando más datos. En otro de los libros de Francisco Juan y Marco, titulado "Genealogías", publicado unos años antes que el otro, en 1917, encontraron la siguiente explicación del apellido Torreblanca en las páginas diez y once:

"Los del apellido Torreblanca, eran una familia ilustre descendiente del apellido Vrrox o Urroz de Torreblanca, oriundos de Aragón; desempeñaron diferentes empleos o cargos nobles en la antigüedad, y entre otros, D. José Torreblanca y Chico fue Regidor perpetuo de la villa de Sax, firmando con los dos apellidos las actas del Concejo o Ayuntamiento de 11 de enero de 1778 y otras del mismo año.

El único representante de esta rama por línea de varón, es Don Joaquín de Torreblanca y Puche, y los antecedentes y ejecutoria de este apellido paraban en 1908 en poder de Don Joaquín Marco y Gisbert, nieto de D.ª Joaquina Torreblanca y Chico; usaba esta última las siguientes Armas: Un escudo en tres cuarteles o compartimientos; en el 1.º un león, encima del mismo un carro y entre las varas del carro, un sacramento; todos estos cuerpos dorados en campo rojo; en el 2.º alto izquierdo: dos lobos pasantes en campo color sangre de toro, y en el 3.º que ocupa la mitad del escudo, dos torres cuadradas blancas; en el piso 1º de cada una de ellas, una puerta y dos ventanas, de manera que se vea el fondo; y en el 2.º piso, tres ventanas en la misma forma; en el centro y entre las dos torres, la cruz de la orden de Calatrava, y encima de cada una de las torres, flotando al viento y hacia el lado lateral del escudo, una bandera de Aragón.

También usaron otras Armas acrecentadas y añadidas por el cruce con otros apellidos. El primer compartimiento o cuartel corresponde al apellido Carrión, rama ya extinguida; el segundo al apellido Chico, por ser descendiente de Don Diego Chico, Regidor perpetuo en la villa de Sax, y el tercero al apellido Torreblanca".

–¡Vamos por el buen camino! –exclamó Isabel, con toda espontaneidad y alegría.

–Sí, pues la descripción del apellido Torreblanca coincide con la del escudo anterior –aseveró Ana.

–Pero el escritor sigue hablando de la Cruz de Calatrava y no de la de Malta –repuso con más calma Miguel–. Sigamos buscando más pistas entre estos libros de historia.

Continuaron repasando las obras que les había indicado el bibliotecario. Iban con cierta rapidez, pues sabían con exactitud lo que buscaban: referencias al apellido Torreblanca. En primer lugar acudían a los índices de los libros, bien al índice general, bien al onomástico los volúmenes que lo tenían. El tiempo transcurría velozmente y se aproximaba la hora del cierre cuando Ana, que metódicamente repasaba cada libro, dio un pequeño grito de sorpresa y alegría.

–¡Mirad esto! ¡Teníamos razón! Aquí se habla de la Cruz de Malta.

En un pequeño volumen publicado en 1965 por Joaquín Barceló Verdú, titulado "El romancero español y las embajadas de Sax. Moros y Cristianos", aparecía la siguiente estrofa:

"En Torreblanca es un muro
que une dos torres más altas
y completan el escudo
banderas y cruz de Malta".

Estos versos eran parte de "Muerte de Don Artal de Alagón. Romance histórico", escrito por Juan Chico Amat en 1950. El romance narraba la muerte de

Artal de Alagón en el asalto a Sax en 1239, y describía los escudos heráldicos de los supuestos acompañantes del noble aragonés, según discurriera el autor.

–Está claro que este escritor, Juan Chico Amat, que escribió el romance en 1950, al describir el escudo de los Torreblanca identificó con propiedad la cruz de Malta –explicó Miguel.

–Desde luego, casi podemos estar seguros que el escudo de la calle Mayor corresponde a los Torreblanca y que la cruz que se observa es la de Malta –dijo Ana.

–Ahora lo que debemos intentar es encontrar el otro escudo que describe Francisco Juan y Marco y comprobarlo nosotros personalmente –continuó Isabel.

Miguel, mientras recogían los libros y los apuntes que habían tomado, se dirigió al bibliotecario:

–Don Francisco, ¿usted recuerda algún otro escudo heráldico en el pueblo aparte del situado en la calle Mayor?

El bibliotecario quedó unos instantes pensativo, buscando en los rincones de su memoria la información que le solicitaban. Después de reflexionar en silencio un momento, respondió:

–Creo recordar que en la antigua casa que había frente a Correos, en la calle Médico Cortés, donde ahora se encuentra el moderno edificio de la Mayordomía de San Blas, había un escudo heráldico esculpido en piedra sobre la fachada, pero no recuerdo cómo era ni dónde fue a parar.

Los tres amigos se despidieron del bibliotecario, dándole las gracias por su amabilidad, y se fueron a casa, pues era la hora de la cena, con el acuerdo tácito de que cada uno intentaría averiguar el paradero del escudo de la casa de la calle Médico Cortés.

Por la noche, después de cenar, Ana preguntó a su padre si recordaba el escudo que había años atrás en la calle Médico Cortés.

–Pues sí, estaba en la casa de la antigua Hermandad de Labradores y Ganaderos, frente a Correos, pero no me acuerdo cómo era y tampoco conozco dónde puede encontrarse ahora.

–Yo tampoco recuerdo bien –dijo el abuelo Vicente–. Creo que había un carro y unas banderas, pero no estoy seguro. En cambio, sé donde se halla ahora: en el restaurante El Molino.

–¡Pero si está cerrado desde hace muchos años! –dijo asombrada Ana.

–Pues allí está –reafirmó el abuelo–. Cuando derribaron la casa, a finales de los años sesenta, para construir el actual edificio de oficinas, el dueño del restaurante se interesó por el escudo y lo llevó a su local, aunque no llegó a colocarlo en público por no encontrar el lugar adecuado. Ya sabéis que años más tarde cerró el restaurante y allí sigue, en un rincón, olvidado y polvoriento, el escudo por el que preguntas.

–Yo conozco al dueño –dijo el padre de Ana–, e intentaré conseguir que os abra el edificio y os enseñe el escudo.

–Muchas gracias, papá. ¡Te quiero! –dijo Ana, mientras daba a toda la familia un beso de buenas noches–. Y a ti también, abuelo.

Al día siguiente, durante el recreo, Ana les contó las nuevas noticias a sus compañeros, que se alegraron mucho, pues en sus familias, aunque los padres recordaban la existencia del escudo, no supieron proporcionarles más detalles.

–Debemos estar preparados cuando nos avise mi padre –dijo Ana–. ¿Quién tiene una buena cámara de fotos?

–Yo me encargo de la cámara –dijo Miguel, que como aficionado a la fotografía ya se había encargado de fotografiar el escudo de la calle Mayor.

Esa noche, mientras cenaban, el padre de Ana le comentó que había hablado con Luis, el dueño del restaurante, y que los esperaba el sábado, a las cuatro de la tarde, en la puerta, para enseñarles el escudo.

El sábado, a la hora fijada, los tres compañeros estaban en la puerta del restaurante. Una vez dentro del edificio, el dueño les acompañó a una sala llena de cachivaches, sillas y mesas y otros utensilios. En un rincón, apoyado a la pared, se hallaba el espléndido escudo heráldico, en muy buen estado de conservación. Era Luis un empresario jubilado de sus negocios, de complexión delgada y mirada inteligente.

–¿De quién era el escudo? ¿Qué armas son las que representa? –quiso saber con un punto de curiosidad Isabel.

–Se trata de un escudo medio partido y cortado –explicó Luis, que era aficionado a la heráldica, y por lo cual había recogido el escudo cuando derribaron la casa que blasonaba, pues conocía la importancia de la heráldica como ciencia auxiliar de la Historia–. El primer cuartel, que corresponde al apellido Carrión, contiene un león rampante, encima del mismo un carro y entre las varas del carro un sacramento, todas las piezas de oro sobre fondo de gules (rojo). El segundo cuartel, del apellido Ochoa, consta de dos lobos pasantes sobre campo de gules. Y el tercer cuartel, que corresponde a la mitad inferior del escudo, es el apellido Torreblanca, contiene dos torres cuadradas en plata, en el piso primero de cada una de ellas, una puerta y dos ventanas aclaradas, de manera que se vea el fondo, en azur (azul), y en el segundo piso, tres ventanas en la misma forma; en el centro, entre las dos torres, la cruz de Malta, y encima de cada una de las torres, flotando al viento y hacia el lado lateral del escudo, una bandera de Aragón.

Los tres muchachos estaban en silencio, escuchando con atención la amena explicación que Luis les estaba dando sobre el escudo que tenían delante de sus ojos.

A continuación, Luis les contó la historia que le había transmitido el antiguo dueño de la casa en la que se hallaba el escudo, quien le dijo que era de la familia Torreblanca y le narró la historia de algunos miembros de esta familia que fueron famosos durante la Guerra de Sucesión.

La villa de Sax, perteneciente a la provincia de Alicante desde 1836, y en el Reino de Murcia hasta entonces, jugó un destacado papel durante la Guerra de Sucesión, y su decidido apoyo a la causa de Felipe V le valió que una vez acabada la guerra, el rey le otorgase el título de "MUY NOBLE Y MUY LEAL".

Hay que destacar el impresionante esfuerzo que supuso a una villa de 180 vecinos formar dos compañías de cuarenta hombres cada una a sus expensas, con todos los gastos de personas y bagajes que suponía su mantenimiento, que fueron capitaneadas por los hermanos Juan y Matías Torreblanca.

La abnegación de estos héroes sajeños fue reconocida y premiada en sus sucesores por el rey Carlos IV, en la persona de don Juan Torreblanca y Torreblanca, concediéndoles el título de hidalgos, mediante cédula fechada el 2 de mayo de 1789, que se conserva íntegra en Sax.

–Si queréis profundizar en el conocimiento de la Guerra de Sucesión en Sax y los Torreblanca, os recomiendo que leáis el libro de Joaquín Barceló titulado "Sax y la Guerra de Sucesión". Seguro que está en la Biblioteca –dijo Luis–. Además, muy cerca de aquí está la calle que el Ayuntamiento dedicó hace unos treinta años a D. Juan Torreblanca, cuando se conocieron sus hazañas gracias a la publicación del libro que os he citado.

–Ese libro está en mi casa –aclaró Isabel–. Se lo pediremos a mi padre.

–¡Vamos a verlo! –dijo Ana–. Tengo una idea que quiero comprobar.

Tras darles las gracias a Luis, por sus amplias explicaciones, se dirigieron a casa de Isabel. En el libro que les había recomendado leer el dueño del restaurante encontraron la transcripción de la cédula de hidalguía a don Juan Torreblanca y Torreblanca, hijo de don Juan Torreblanca Carrión y doña Isabel María Torreblanca Ochoa, primos hermanos entre sí, pues ambos eran hijos de los hermanos Matías y Juan Torreblanca.

–¡Está claro! –exclamó Miguel–. El escudo que hemos visto corresponde a don Juan Torreblanca Torreblanca, que puso en sus cuarteles los cuatro apellidos de sus padres: dos veces Torreblanca, Carrión y Ochoa.

–Para estar seguros del todo debemos confirmarlo primero –apuntó Ana, menos impetuosa que Miguel.

–¿Cómo podemos comprobarlo? –quiso saber Isabel.

El padre de Isabel, profesor de Educación General Básica en uno de los colegios del pueblo, que se encontraba junto a los jóvenes, les apuntó la posibilidad de consultar el Catastro de Ensenada para determinar si en el pasado la casa de la calle Médico Cortés había pertenecido a la familia Torreblanca.

El lunes siguiente, finalizada la clase de Historia, los tres integrantes del grupo de trabajo se quedaron con la profesora para preguntarle sobre el

Catastro de Ensenada. Ángela les explicó que en 1749 D. Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la Ensenada, bajo el reinado de Fernando VI, continuando con su política fiscal de recaudación directa de los impuestos por el Estado, prescindiendo de los arrendadores, inicia un catastro, el llamado "Catastro de Ensenada", para evaluar la riqueza de las 22 provincias de Castilla. Se trata de sustituir las "Rentas provinciales" (conjunto de tributos vigentes en el momento) por un nuevo impuesto, conocido por "Única Contribución", que englobaría a los anteriores y se repartiría más equitativamente.

El Catastro se terminó en 1756, cuando Ensenada había sido apartado del poder, y Fernando VI no se atrevió a implantar una medida tan radical, a la que se oponían amplios sectores de la aristocracia y de la Iglesia. Sax, villa que entonces pertenecía al Reino de Murcia, manda a esta ciudad todos los datos necesarios para elaborar un Libro Padrón. El original se encuentra en el Archivo de Simancas, pero una copia se conserva en el Archivo Histórico de Sax, donde podéis consultarlo, les explicó la profesora.

El martes, aprovechando el recreo y otra hora libre de estudio, acudieron de nuevo al Archivo Histórico de Sax, donde amablemente los atendió la archivera, que una vez supo lo que deseaban consultar, les facilitó un voluminoso legajo, encuadernado con tapas de pergamino, donde se encontraban todos los vecinos de Sax en el año 1756, con sus familias, profesiones y posesiones: tierras, casas y ganados.

Al comienzo del manuscrito había un índice, pero no de apellidos, sino de nombres propios, por lo que no pudieron buscar Torreblanca, como ellos deseaban, sino Juan Torreblanca. Al repasar las páginas aparecieron dos:

–Juan Torreblanca Carrión.

–Juan Torreblanca de Chico.

El primero era el que ellos buscaban, el padre del Juan Torreblanca que recibió la declaración de hidalguía del rey Carlos IV. Entre sus muchas posesiones figuraba:

"Una casa con un alto situada en el Parador, tiene de frente ocho varas y diez y ocho de fondo, confronta por la derecha con una de D.ª Josepha San Juan y por la izquierda con huerto de D. Antonio Simón. Alquilada en ciento veinte reales de vellón al año".

–Las medidas de la casa están en varas –dijo Miguel.

–Claro –le respondió Ana María, la archivera–, hasta que en la segunda mitad del siglo XIX se implantó en España el sistema métrico decimal, cada Reino y aun cada comarca tenía sus propias medidas de longitud, de superficie y de capacidad. En el caso de Sax, aunque perteneciente al Reino de Murcia, de la Corona de Castilla, se usaba como medida más usual la vara valenciana, y más explícitamente la de 912 milímetros.

Con ayuda de la calculadora, en pocos minutos, tuvieron las medidas en metros:

–8 varas: 7'29 metros.

–18 varas: 16'41 metros.

–Y ahora, ¿cómo medimos la casa en la que estaba el escudo? –dijo todo apurado Miguel. Isabel y Ana también quedaron preocupados ante esta nueva dificultad, pues pensaban que medir la fachada sería fácil, pero, ¿qué excusa darían para medir el interior del moderno edificio de oficinas?

Ana María, la inteligente y solícita archivera, les ayudó de nuevo.

–No os preocupéis, chicos. Decidme la calle y el número actual de la casa que queréis comparar con la del siglo XVIII.

Isabel, con presteza, miró sus notas y le dijo:

–Calle Médico Cortés, número 14.

Rápidamente, Ana María alcanzó un voluminoso archivador de una estantería alejada, y de ella extrajo un grueso tomo con tapas de cartón grisáceo, ajado por el uso, donde estaban las fichas de todas las casas del pueblo en 1942, con sus datos: propietario, dirección y, lo más interesante, los planos de las casas y sus medidas en metros. Se trataba de las Hojas de Registro Fiscal, ordenadas por orden alfabético de las calles. Allí estaba: Calle Médico Cortés, número 14. Propietaria: D.ª María Desamparados Juan y Marco. Pero, ¡las medidas no coincidían! ¡Eran mucho mayores! Todo era un error, consideraron bastante apesadumbrados los jóvenes.

–No os precipitéis –aseguró Ana María–. El error puede venir de que la actual casa del siglo XX

ocupe la superficie de dos casas del siglo XVIII. Consultemos otra vez el archivo.

Ana María se dirigió a otra estantería y sacó un voluminoso legajo de 1800, donde estaban relacionadas todas las propiedades de los vecinos en ese año, con la cantidad en reales que debían pagar como impuestos. Allí aparecía otro Juan Torreblanca, que debía ser nieto del anterior, con las siguientes propiedades:

> "Tiene una casa en el Parador, con ocho varas de frente y diez y ocho de fondo. Confronta por la derecha con almazara propia, por la izquierda, con D. Antonio Simón. Su alquiler, doscientos reales.
>
> Una almazara, con un molino y tres vigas aneja a la casa precedente y bajo los mismos lindes, su alquiler, doscientos reales".

–¡Ya está claro! –exclamó Ana María–. La actual casa ocupa la superficie del edificio del siglo XVIII y la almazara aneja. Seguro que ahora las medidas coinciden. Tenemos que sumar las medidas en varas de la almazara, que antes era la casa de Josefa San Juan:

–Once varas de frente.

–Veinte y una de fondo.

–Si añadimos a las 8 varas de la casa de Juan Torreblanca estas 11 varas, tenemos 19 varas, que equivalen a 17'32 metros, que casi coinciden con los 17'10 metros de fachada que nos muestra la Hoja de Registro Fiscal de 1942 –terminó de explicar Ana María a los atónitos estudiantes, que la miraban con los ojos muy abiertos llenos de admiración–.

Ana, Isabel y Miguel respiraron con más tranquilidad. Era con seguridad la casa de don Juan Torreblanca y Torreblanca, donde colocó en la fachada su escudo heráldico. Se despidieron rápidamente de la archivera, pues ya se hacía la hora de volver al Instituto, no sin antes darle repetidamente las gracias por su valiosa y desinteresada ayuda.

¿Qué más podían averiguar de esta familia?, se plantearon los tres estudiantes, mientras caminaban con el paso acelerado de vuelta a su clase.

–¿Os habéis fijado que en ambas hojas aparecía señalado con lápiz rojo el plano que estábamos buscando? –dijo Ana, dejando la pregunta suspendida en la puerta del Instituto.

Aquella tarde Ana fue a casa de su abuelo materno, Manuel Torreblanca Bordera, para que le contara algo nuevo sobre la familia. Su abuelo ya estaba jubilado. Alto y delgado, con el cuerpo fibroso y los cabellos canos, el abuelo se mantenía en buena forma física y con un aire juvenil. Había sido zapatero toda su vida, aunque muy aficionado desde joven a la lectura y a la historia de su pueblo.

Tenía un cuarto donde se mezclaban sus herramientas de trabajo, con las que se entretenía de tarde en tarde en alguna labor de artesanía, con libros y papeles que había ido guardando a lo largo de toda su vida. Allí estaban viejos recortes de periódicos junto con una colección completa de las revistas de fiestas del pueblo.

Cuando el abuelo Manuel supo lo que buscaba su nieta le enseñó las fotocopias de dos artículos publicados muchos años atrás en la revista de fiestas y que estaban relacionados con el objeto de su investigación. Uno se refería a las hazañas de los hermanos Torreblanca en la Guerra de Sucesión, y el otro mencionaba la existencia de un estudiante de leyes en la Universidad de Orihuela durante el curso de 1785: Juan Torreblanca.

Cuando Ana le insistió a su abuelo que lo que iba buscando era la concesión de la hidalguía a los Torreblanca, el abuelo le enseñó el libro de Joaquín Barceló: "Sax en la Guerra de Sucesión", mostrándole el capítulo que hacía referencia a este asunto y en el que se mencionaban unos documentos del Archivo Histórico que no estaban transcritos en el libro. El abuelo, en sus ratos libres había leído con mucha paciencia estos documentos y los había transcrito, dándole una copia a su nieta Ana.

En 1789 –prosiguió el abuelo– le fue concedida la Cédula de Hidalguía a Don Juan Torreblanca y Torreblanca y a sus hijos Don Juan y Don José Antonio Torreblanca Ortín. En ese momento, uno de los hijos de Don Juan Torreblanca y Ortín, Don Juan José Torreblanca Chico (1772-1831), casado en 1798 con D.ª María Magdalena Chico Marco, llevaba ya más de un año en el ejército, donde era cadete desde el 10 de febrero de 1788.

Don Juan J. Torreblanca Chico se licenció en diciembre de 1801 del Regimiento Provincial de Murcia, con el empleo de capitán, y en su hoja de servi-

cios consta su calidad de noble y su participación en la guerra del Rosellón y Cataluña entre 1793 y 1795.

–¿Cómo has conseguido tanta información sobre los Torreblanca? –preguntó intrigada Ana.

–Pues con mucha paciencia, tiempo y dedicación –le explicó el abuelo–. Sin prisas, pero sin pausas. Todo comenzó hace años, cuando decidí estudiar mi árbol genealógico debido a las preguntas que en aquélla época me hicieron mis hijas, sobre la historia de la familia y que no sabía responder. Al llegar al siglo XVIII y encontrar que mi apellido era una de las ramas laterales de estos Torreblanca que figuran en los libros de historia local, empecé a profundizar en ellos. Así escribí al Archivo Real y General de Navarra, para conocer los orígenes más remotos de la familia y de su escudo heráldico, el que nosotros conocemos, que no coincidía con el habitual en los libros de heráldica, como puedes comprobar tú misma en este "Diccionario Heráldico", ni con el de los viejos pergaminos del archivo de Navarra.

–¿Y cómo averiguaste los datos sobre la carrera militar de uno de estos Torreblanca? –quiso saber Ana.

–Fue una intuición, una corazonada, pero escribí al Archivo General Militar de Segovia, donde me confirmaron que no uno, sino dos Torreblancas, primos hermanos, fueron militares en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. Toma, llévate esta copia y léela atentamente.

Al día siguiente, en la cantina del Instituto, mientras se comían sus bocadillos de media mañana durante el recreo, los tres amigos estaban demasiado silenciosos, con la mirada ausente, reflexionando sobre los últimos descubrimientos, incluida la transcripción que Ana les había leído unos momentos antes.

–¡Nos hemos dejado un cabo suelto! –dijo muy excitada Ana.

–¿Qué quieres decir? –preguntaron casi al unísono Miguel e Isabel.

–Pues que estamos aprendiendo mucho sobre los Torreblanca, en la Biblioteca, en el archivo, en casa de mi abuelo, pero nada de eso nos ha servido para conocer de quién era el escudo de la calle Mayor.

–Tienes razón, pero, ¿qué podemos hacer? –preguntó Miguel.

–Debemos centrarnos en el escudo y analizar todos los elementos –respondió Ana.

–Pero si eso ya lo hemos hecho –dijo Isabel–. Lo primero que investigamos fue la cruz de la Inquisición, que está en el escudo de la calle Mayor, pero no en el otro. Luego comprobamos que las torres y las banderas, aunque muy deteriorada en el escudo que nos interesa, sí que están en las dos. Y también la cruz de Malta aparece en los dos escudos.

–¡Eso es! –dijo Ana–. ¡La cruz de Malta! Nos hemos olvidado de ella, aunque en 1840 la casa se conocía como la "maltesa". ¿Qué sabemos sobre la cruz de Malta?

–Pues que es la enseña de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén –dijo Miguel, recordando lo que les había contado la archivera–. Debemos volver al archivo y pedir ayuda a Ana María.

A última hora de la mañana, aprovechando una hora libre entre clase y clase, los tres compañeros fueron al Archivo Histórico Municipal, donde Ana María les atendió muy amablemente, entregándole unos apuntes que les tenía preparados, donde se recogían la historia y características de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Allí pudieron leer que se trata de una Orden religiosa militar fundada en el siglo XI. Hacia el año 1084 los mercaderes de Amalfi, en el Reino de Nápoles, establecieron en Jerusalén un monasterio de benedictinos, con un hospital dedicado a San Juan Bautista, destinado a recoger a los peregrinos. En 1099 Godofredo de Buillón hizo grandes donaciones a dicho hospital, por lo que su director, llamado Gerardo, lo separó de la tutela de los benedictinos y fundó una nueva congregación llamada de Hospitalarios de San Juan o Hermanos del Hospital de San Juan de Jerusalén.

–¿Sería el dueño del escudo miembro de la Orden de Malta? –inquirió Isabel.

–Es bastante probable –dijo Ana–. Pero, ¿cómo comprobarlo?

–¿Por qué no telefoneamos? –sugirió Miguel, muy ilusionado.

–Mejor será escribir, si conseguimos la dirección –apuntó Isabel.

Esa tarde fueron a la Biblioteca, donde don Francisco los ayudó amablemente al proporcionarles la dirección en Madrid de la Soberana Orden Militar de Malta. Allí mismo escribieron una carta solicitándoles información sobre algún miembro de la Orden natural de Sax y de apellido Torreblanca.

A la semana siguiente recibieron la siguiente misiva:

> "Estimado señor:
>
> En respuesta a su atenta carta le notificamos que no tenemos noticias sobre el personaje apellidado Torreblanca, aunque es la segunda vez que lo buscamos, pues según consta en nuestros archivos, en 1963 hubo otra consulta similar.
>
> También le debo comunicar que los archivos de la Orden sólo pueden consultarse personalmente por los investigadores con su correspondiente tarjeta de investigador.
>
> Le sugiero que consulta la obra de Aurea L. Javierre Mur, titulada "Pruebas de ingreso en la Orden de San Juan de Jerusalén", publicada por el Archivo Histórico Nacional en 1948.
>
> En espera de haberle ayudado, aprovecho la ocasión para saludarle atentamente".

Los tres compañeros quedaron un poco decepcionados después de leer la carta, pero decidieron seguir las recomendaciones de la misma. Esa misma tarde acudieron a la Biblioteca en busca del libro citado en la carta, pero don Francisco les dijo que esa obra no se encontraba allí y que sería muy difícil de conseguir, pues ya estaba agotada. De todas formas les proporcionó un teléfono y una dirección

de una librería de ocasión de Madrid, donde les dijo que tal vez lo podrían encontrar.

Desde casa de Miguel llamaron por teléfono, encargando que les mandaran por correo contra reembolso dicho libro si lo tenían en sus fondos. A los pocos días, un aviso del cartero los hizo acudir raudos a las oficinas de Correos en busca del paquete postal. Esa tarde, después de tomar café en el lugar de costumbre, se reunieron en casa de Miguel para consultar el libro.

Primero venían los caballeros, después los religiosos, para finalizar con los freiles sirvientes. Comenzaron por los caballeros, repasando con rapidez el índice, pero ¡nada! No aparecía ningún Torreblanca. Siguieron con los religiosos. Igual, ¡nada! Por fin, en los freiles sirvientes, aparece la siguiente referencia:

> TORREBLANCA, Doñana.- Véase Valera Bernabé, Juan de.

–¡Ya era hora! –dijo Miguel–. Vamos por el buen camino.

Rápidamente llegaron a la letra V, donde encontraron esta referencia:

> VALERA Bernabé Torreblanca y Doñana, Juan.- Elda, a. 1642.- Freile sirviente de armas.
> Padres: Juan de Valera. Ana Bernabé.
> Abuelos Paternos: Juan de Valera. Isabel Torreblanca.
> Abuelos Maternos: Francisco Bernabé. Juana Ángela Doñana.

–¡Eureka! –grito Miguel–. ¡Lo hemos logrado!

–¡Es verdad! Tenemos una conexión entre los Torreblanca y la Orden de Malta –siguió Isabel–. Seguro que esta Torreblanca que aparece en el libro era familia de los Torreblanca de Sax.

–Lo comprobaremos en el árbol genealógico de mi abuelo –dijo Ana–, pero creo que tenéis razón. Sin embargo, hay algo que me intriga. ¿Quién preguntaría hace tanto tiempo en la Orden de Malta por los Torreblanca de Sax?

Como había asegurado Ana, el árbol genealógico de su abuelo confirmó el parentesco entre los Torreblanca citados en el libro y los antepasados de los Torreblanca beneficiarios de la cédula de hidalguía.

Después del fin de semana, en el que apenas se habían visto, el lunes, a la hora del almuerzo, se volvieron a reunir Ana e Isabel, y al momento acudió Miguel. Tras unos breves comentarios de sus actividades durante el sábado y el domingo, Miguel volvió de nuevo a incidir sobre el asunto del escudo de la calle Mayor.

–¡Sabemos mucho de los Torreblanca y sobre la Orden de Malta, que apunta a ellos, pero no tenemos la prueba de que el escudo pertenezca a ninguno de ellos!

–Tienes razón –dijo Ana–. Pero, ¿qué podemos hacer?

–Pues debemos seguir el mismo camino que con el otro escudo. Vamos a localizar la casa del escudo en el Catastro de Ensenada, y así sabremos de quien era –dijo Isabel.

–¡Claro! ¡Has dado en el clavo! –respondió Ana.

–De acuerdo –asintió Miguel–. Mañana, en cuanto podamos, iremos de nuevo al Archivo Histórico Municipal para revisar el Catastro de Ensenada.

–Pero antes tenemos que buscar el plano de la actual casa y convertir los metros en varas –dijo Isabel.

–Entre los tres, la búsqueda será más rápida –terció Ana.

Cuando al día siguiente llegaron al archivo, los tres compañeros se atropellaban al hablar mientras intentaban explicarle a la archivera lo que deseaban.

–Queremos consultar los mismos libros fiscales de la vez anterior, para localizar la casa número 29 de la calle Mayor. De esta manera sabremos su superficie exacta en metros cuadrados –explicó Miguel.

–Cuando tengamos las medidas en metros, las convertiremos en varas, como hicimos antes, para buscar la casa en el Catastro de Ensenada –continuó Isabel.

–Así podremos averiguar a quién pertenecía esta casa a mediados del siglo XVIII y comprobar si teníamos razón al relacionar al escudo con los Torreblanca –finalizó Ana.

En seguida Ana María les entregó el tomo correspondiente a la calle Mayor de las Hojas de Registro Fiscal de 1942, y localizaron el número 29, que por su izquierda lindaba con calle y por la derecha con el número 27. Tenía 14'70 metros de fachada y 13'80 metros de fondo. Traducido a varas, equivalían a 16 varas de frente y 15 de fondo.

–¿Te has fijado que el número 29 está subrayado con lápiz rojo, igual que la otra vez? –dijo algo desconcertada Isabel.

–¡Pues es verdad! –exclamó con acento preocupado Ana.

–¿Quién habrá consultado estos mismos documentos? ¿Y con qué fines? –quiso saber Miguel.

A continuación, los tres compañeros, pensativos y algo confundidos, se turnaron en la consulta del voluminoso legajo encuadernado en pergamino, con gruesas hojas de papel sellado, del Catastro de Ensenada.

Tras dos horas de intensa revisión del libro del Catastro, los tres amigos tuvieron que darse por vencidos. La casa no aparecía en el Catastro, a pesar de la ayuda de la archivera.

–¿Cómo puede ser que no aparezca? –exclamó Miguel–, si la casa es más antigua, del siglo XVII.

–Si no la actual, otra anterior, pues la calle Mayor se formó en los siglos XVI y XVII –les explicó Ana María.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó desanimada y cabizbaja Isabel–. ¿Por dónde seguimos?

–Esperad. Ya sé lo que tenéis que hacer –dijo la archivera–. Tomad este libro, que es el complemento del que habéis consultado. Se trata de la relación de las posesiones de los eclesiásticos. Como podéis comprobar, es mucho más pequeño.

Y así fue como a los pocos minutos apareció un edificio cuyas medidas en varas coincidía con la de la calle Mayor. Se trataba de la casa de la Obra Pía

de los Torreblanca para casar huérfanas, con las siguientes características:

> "Una casa de alto y bajo situada en la calle Mayor, tiene de frente diez y seis varas, quinze de fondo. Confronta por la derecha con la de Andrés Gil y por la izquierda con calle pública. Su alquiler ciento y cinquenta reales de vellón al año".

–¿Y qué es una Obra Pía? –preguntó Miguel.

–Es un tipo de fundación religiosa –les explicó Ana María.

–Esta tarde, en la Biblioteca, investigaremos sobre las obras pías –dijo Ana.

–A las cuatro y media nos vemos en la cafetería, y después de tomar café vamos a la Biblioteca –terció Isabel.

–¡Os habéis fijado! De nuevo está la cruz con lápiz rojo –exclamó con excitación Miguel.

Tal como habían planeado, a las cinco ya estaban consultando en la enciclopedia Espasa, en la Larousse y en otras, las diferencias entre obra pía, fundación y capellanía:

> "Obras Pías: En derecho eclesiástico, conócense con este nombre y también con el de "causas pías" todas aquellas fundaciones de bienes que tienen por objeto la consecución de un fin benéfico o de religión tanto espiritual como temporal, concepto que da el Código del Derecho Canónico (canon 1489). Entran en este concepto los hospitales, asilos, cofradías, legados píos, mandas, aniversarios, etc..., todos los cuales comprenden el Código bajo la denominación de "fundaciones eclesiásticas no colegiales".

–¡Cuanto rollo! –exclamó con una pizca de irritación Isabel.

–¡Es verdad! Pero ya sabemos lo que es una obra pía –afirmó Miguel–, ahora debemos profundizar más en la Obra Pía de los Torreblanca para casar huérfanas.

–¿Y dónde podemos investigar? –preguntó con tono preocupado Isabel–. Ya hemos buscado en todos los archivos del pueblo.

–Hay que ir al Archivo Parroquial –explicó Ana–. Debemos investigar en los fondos del Archivo, para ver si encontramos nuevos datos sobre la Obra Pía de los Torreblanca para casar huérfanas. El domingo, después de Misa, hablaremos con don Jerónimo, el cura, para que nos diga el día y la hora que podemos consultar el Archivo Parroquial.

El día fijado con el cura, un jueves a las 12 de la mañana, Ana, Isabel y Miguel se presentaron en el Archivo Parroquial, que se encontraba en el mismo despacho del párroco. Consistía en un gran armario de madera, cerrado con llave, y con ocho grandes estanterías en su interior, repletas de voluminosos libros parroquiales sobre todo, pero con otro tipo de documentación también.

Don Jerónimo los orientó sobre los libros que podían consultar en primer lugar, una vez que comprendió lo que buscaban los jóvenes: la fundación de la Obra Pía de los Torreblanca.

Ante todo les explicó la importancia de los archivos parroquiales, donde se conservan los libros sacramentales correspondientes a bautizados, casa-

dos y difuntos. Igualmente se custodian los libros de confirmados y de los velados, así como el de los enterramientos. Por último se conservan los expedientes matrimoniales o medios expedientes, en el caso de que alguno de los desposados fuese natural de otra Parroquia. Todos estos libros sacramentales quedaron establecidos en virtud de lo dispuesto por el Concilio de Trento en el siglo XVI, aunque en algunos lugares de España, mucho antes, en el primer tercio del siglo XV, se habían introducido los registros de bautizados, casados y difuntos.

Comenzaron por el Libro Becerro, donde estaban inscritos todos los testamentos y cláusulas adicionales sobre creación de capellanías y obras pías desde el siglo XVI.

Una vez revisado el grueso volumen con tapas de pergamino, sin hallar ninguna referencia a la Obra Pía de los Torreblanca, don Jerónimo les sacó del fondo del armario una carpeta azul, donde se encontraba un manojo de hojas cosidas, pero sin encuadernar. Les explicó que era lo que quedaba del Libro de Genealogías.

Los tres muchachos comenzaron a estudiar el libro de árboles genealógicos con detenimiento, turnándose cada diez minutos en la difícil lectura de los documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Había transcurrido una hora cuando por fin la suerte les sonrió.

–¡Por fin! ¡Aquí está! ¡Lo hemos encontrado! –gritó entusiasmado Miguel–. ¡Escuchad con atención!

"Don Josef Torreblanca, natural de la villa de Sax, hijo de Pedro Torreblanca y de Magdalena Richarte, cura propio de la Iglesia Parroquial de Santa Catalina de Murcia, y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de ella, otorgó su testamento en la dicha ciudad en 24 días del mes de octubre del año 1674 en el que fundó una capellanía y la obra pía y son del tenor siguiente:

Fundación de Capellanía: Item por quanto mi ánimo ha sido y es fundar una Capellanía de Misas por mi alma y de mis difuntos desde luego erijo y fundo dicha Capellanía perpetua sobre los bienes siguientes: un olivar con un pedazo de majuelo que tengo en dicha villa de Sax en el pago del Cerrellar, linda tierras de mi hermana y de Dª Magdalena Torreblanca y Dª Ana María Torreblanca, mis sobrinas. Dos tahúllas de moreral que tengo en la huerta de dicha villa y pago que llaman de los Huertos, linde con huertos del Maiorazgo de Pedro Estevan de Torreblanca. Un olivar de 14 pies de olivos que tengo en dicha huerta y pago de la Hoya.

Patrón: sobre todos los quales dichos bienes fundo esta Capellanía perpetuamente para siempre jamás, y prohibo en bastante forma de derecho la enagenación de ellos, y nombro por Patrón de ella a Pedro Torreblanca mi sobrino y después de él a sus herederos prefiriendo el maior al menor, los quales podrán nombrar Capellán que sea deudo y de mi linaje, prefiriendo al más cercano, y si dos se hallaren en un mismo grado sea preferido el más virtuoso y necesitado; y desde luego nombro por primer capellán de esta Capellanía, y que goce de los bienes de ella a Agustín Iborra, mi sobrino, clérigo subdiácono, el qual y

los demás, que por su fin fueren nombrados por Capellanes tengan obligación a decir o hacer decir por mi alma y los demás difuntos en cada un año diez y ocho misas rezadas en mi Capilla de Santa Catalina, que tengo en la Iglesia de la dicha villa de Sax, donde encargo se anote esta fundación en la parte donde se anotan las demás para su estabilidad y permanencia.

Pía Memoria. Sobre todos los quales dichos bienes, y los que se compraren, con lo que sobraren del almoneda que se ha de hacer de los muebles y semovientes que de mi quedaren erijo un Patronato de legos para que se casen doncellas de mi linaje, con que será Dios nuestro Señor y las doncellas pobres amparadas.

Patronos. Con las condiciones siguientes, que de este Patronato sea Patrón el dicho Pedro Torreblanca, mi sobrino, y sus hijos y descendientes, prefiriendo el maior al menor, y el varón a la hembra. Y los tales Patronos cada uno en su tiempo, y con autoridad de Justicia o judicial, y no de otra forma, arrienden los dichos bienes raíces, y se rematen en los maiores postores, y su procedido con la renta de dichos censos entre en depósito en persona lega, y abonada donde esté y se vaya distribuiendo en casar doncellas huérfanas de mi linaje, anteponiendo las más cercanas a las que no lo fueren, y concurriendo dos en un grado sea preferida la más necesitada, y faltando deudos de mi apellido entren a gozar de la renta de este Patronato, para el dicho efecto de casarse las deudas mías del apellido de Richarte de la villa de Biar, en la misma forma y orden, precediendo para obtener justificación de ser tales parientes.

Y a faltar de todos mis deudos y descenden-

> cia sirva la dicha renta para casar huérfanas pobres de dicho lugar de Sax, quiero que para que esto tenga el acierto que deseo, se hagan las elecciones de las que assí se hubieren de casar, a título de esta renta, por el Patrón, Justicia y Cura que fuere de dicha villa de Sax. Y si los tres no convinieren en el voto, o elección se esté a la maior parte de votos de los tres referidos, y a la que eligieren se le dé doscientos ducados vellón por una vez, y de esta misma renta ha de gozar y dárselas a las demás, que a este título se casaren solo por una vez, como queda referido y esta cantidad de doscientos ducados vellón no se les ha de dar hasta que conste de tal nombramiento, que se ha de hacer en la forma dicha, y que a título de él han sido casadas y veladas".

–¡Aquí está todo! –exclamó Isabel–. El cura que fundó esta obra pía era de apellido Torreblanca y pertenecía a la Inquisición, pues era Comisario del Santo Oficio en el tribunal de la ciudad de Murcia.

–Todas las leyendas tienen un poso de verdad, aunque el transcurrir del tiempo, en este caso varios siglos, nos impide entenderlas con claridad si las miramos con nuestros ojos actuales –explicó el sacerdote–. Debemos intentar viajar en el tiempo con nuestra imaginación y situarnos en la época de referencia para poder comprender estos mensajes del pasado que llegan hasta nosotros.

–Por este motivo puso la cruz de la Inquisición en su escudo, además de las armas de los Torreblanca, escudo que colocó en la fachada de su casa –apuntó Ana–. Casa que luego dejó en herencia

para la obra pía destinada a casar doncellas de su linaje: Torreblanca.

–La inclusión de la cruz de Malta, que acoló en el escudo, se debe a su parentesco con los Torreblanca que vimos al estudiar la Orden de Malta –concluyó Miguel.

Y la llamada "Casa de la Inquisición" debe su nombre popular a la condición de Comisario del Santo Oficio de la Inquisición, pero en la ciudad de Murcia, de su propietario mediado el siglo XVII.

Colección Narrativa

Bruno Francés
Camino Viejo

Juanluis Mira
Doce relatos y medio

Gerardo Muñoz Lorente
Un negro detrás de la oreja

Salvador García Jiménez
Síndrome de burnout
o el infierno de la ESO

Demetrio Mallebrera Verdú
Nadie contesta

Jesús Martín Rodríguez
Helénicas

Vicente Vázquez Hernández
Relatos y leyendas sajeñas

Relatos y leyendas sajeñas es una colección de cuentos y narraciones escritos durante las décadas de los años 80 y 90 del pasado veinte, y que tienen como hilo conductor la historia de un pueblo: Sax, al que el autor ha dedicado muchas páginas de investigación histórica, ciencia que en estos textos se asoma entre la ficción literaria, para ayudar a comprender la intrahistoria de una villa tradicional, con ritos y costumbres seculares, convirtiéndose en el denominador común de las narraciones incluidas en este volumen, donde el autor ha pretendido, mediante el recurso de la historia-ficción y de las vivencias, tanto las de la infancia del autor como las de familiares cercanos, especialmente los recuerdos de padres y abuelos, rasgar el espeso velo que recubre a hechos que ocurrieron en el pasado, ya cubiertos por la pátina del olvido, y a los que la historia no ha sabido encontrar una explicación convincente, y que pudieron ocurrir de esta manera, entre otras posibilidades.

ISBN 84-7784-410-0

9 784778 441005

50 AÑOS 1953-2003

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE